
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
LA REENCARNACION DE LADY DEBORAH

JOSEPH BERNA

LA REENCARNACION DE LADY DEBORAH

Colección SELECCION TERROR nº 558

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02 02506-4

Depósito legal B 32.390.1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: noviembre 1983

1ª edición en América: mayo, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

CAPITULO PRIMERO

Robert Sullivan, de treinta y siete años de edad, pelo oscuro y facciones agradables, detuvo su «Mercedes-Benz» frente al edificio de apartamentos en donde vivía Marion Tracy, su prometida, que tenía diez años menos que él.

Marion era una mujer realmente atractiva, con unos preciosos ojos verdes, los labios rojos y apetecibles, de pelo castaño, muy rizado, y una figura esbelta, cuidada, en la que no faltaban ni sobraban centímetros por ninguna parte.

Robert le pasó el brazo por los hombros, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios, recreándose en la acción. Al propio tiempo, con la otra mano, acariciaba los sedosos muslos de su novia, que ella entreabrió, como invitándole a profundizar.

Pero la mano de Robert ni siquiera rozó la prenda íntima de su prometida, en aquella ocasión, porque no quería empezar lo que sabía que no podría terminar, por falta de tiempo.

Separó su boca de la de ella y dijo:

—Hasta mañana, cariño.

Marion, desilusionada, preguntó:

—¿No vas a subir ni siquiera unos minutos a mi apartamento, Robert?

—No puedo, ya lo sabes. Tengo que trabajar hasta muy tarde esta noche. Y las siguientes. Es la única manera de que podamos disfrutar de nuestra luna de miel. Dos semanas enteras en las Islas Canarias. ¿No crees que vale la pena sacrificarse un poco...?

—Nos sacrificamos porque tú quieres, Robert. No eres el dueño de «London Ediciones». Sois tres socios, y David Owens y Trevor Borex deberían hacerse cargo de todo durante tu ausencia. Te casas y tienes derecho no ya a dos semanas de descanso, sino a un mes entero. Y sin necesidad de adelantarte el trabajo. Que lo hagan tus socios. La Editorial es de los tres.

—Owens y Borex también trabajan, Marion.

—Ni la mitad que tú. Sin embargo, a la hora de repartir los beneficios,

los tres cobráis igual.

Robert Sullivan sonrió levemente.

—No es cierto que Owens y Borex trabajen menos que yo, cariño Lo que sucede es que tienen un trabajo distinto. El mío, bien lo sabes, consiste en admitir o rechazar los originales que nuestros autores nos presentan para su publicación. Tengo que leerme detenidamente todas las obras, valorar sus virtudes y señalar sus defectos. Es una tarea importante y delicada. Y yo la realizo mejor que Owens o Borex, porque también conozco mejor los gustos de los lectores que suelen comprar nuestras novelas. Una buena prueba de que acierto en la admisión de originales, es que nuestra Editorial prospera año tras año. «London Ediciones» es ya una Editorial importante. Figura entre las mejores del Reino Unido.

Ahora fue Marion Tracy la que sonrió ligeramente.

—Te sientes orgulloso, ¿verdad?

—Mucho.

—Yo también me siento orgullosa, pero de ti. Discúlpame por lo que dije antes, Robert. Pensaba sólo en mí, no en ti ni en «London Ediciones». Deseaba hacer el amor contigo esta noche.

Robert le acarició el rostro con suavidad.

—Sólo falta una semana para nuestra boda. Marion. Pasará en seguida, y después…

—A Canarias.

—Eso es. Y allí, durante dos semanas, nos amaremos hasta la saciedad.

—Si esperas que yo me sacie en sólo dos semanas, estás fresco.

Robert rió.

—¡Es un decir, mujer!

—¡Ah!, bueno —rió también Marion.

Robert la besó de nuevo.

—Tengo que irme, cariño.

—Está bien, no te entretengo más —sonrió Marion, y salió del coche.

Se asomó un instante por la ventanilla y le lanzó un beso.

—Te quiero. Robert

—Y yo a tí

—Anda, márchate ya.

Robert Sullivan puso el «Mercedes-Benz» en movímiento y se alejó, en dirección a su casa.

Vivian las afueras de Londres, en una zona tranquila.

Su casa, de una sola planta, estaba rodeada de césped.

Era una casa moderna

Bonita.

En ella viviría con Marion, después de la boda.

Robert Sullivan se sentía muy feliz.

En primer lugar, por el buen funcionamiento de la Editorial y por el prestigio que estaba alcanzando. Y, en segundo lugar, por haber encontrado a Marion Tracy.

Había tardado en hallar una mujer como ella, pero al fin lo había conseguido e iba a perder muy gustosamente su soltería a los treinta y siete años de edad.

De haber conocido antes a Marion, antes se habría casado, porque no era en absoluto enemigo del matrimonio. Si seguía soltero, es porque ninguna de las mujeres que había conocido anteriormente le había interesado lo suficiente.

Y había conocido muchas.

Y había intimado con casi todas.

Pero ninguna de ellas se podía comparar con Marion.

Tenerla en brazos era…

Robert prefirió pensar en otra cosa, porque si rememoraba esos

maravillosos momentos, daría media vuelta y regresaría al apartamento de Marion, para hacer el amor con ella.

Y no debía regresar, con el trabajo que llevaba en su maletín.

Robert Sullivan llegó sin novedad a su casa, accionó el mando de control remoto que llevaba en la guantera del coche, y la puerta del garaje se abrió automáticamente.

Un garaje amplio, en él que cabían perfectamente dos coches.

Robert introdujo su «Mercedes-Benz», paró el motor, y se apeó, sin olvidar su maletín. Salió del garaje, cenó la puerta, y entró en la casa.

Al instante, descubrió una luz al fondo.

Era su despacho.

La puerta estaba entornada.

Robert Sullivan se había quedado muy quieto.

Estaba seguro de no haberse dejado la luz de su despacho encendida, ni la puerta entornada. Siempre cerraba, cuando salía.

Cautelosamente, Robert caminó hacia su despacho.

Podía haber alguien en él.

Robert era un tipo alto y atlético, y no se asustaba fácilmente.

Alcanzó el despacho con paso silencioso.

No podía asomar la cabeza por el hueco de la puerta, por hallarse muy entornada, por lo que la empujó algunos centímetros, sin hacer el menor ruido.

Después, se asomó por el hueco y echó una mirada al despacho.

Efectivamente, había alguien en él.

Pero Robert Sullivan no tendría necesidad de liarse a puñetazos, porque la persona que había allanado su morada no era un hombre, sino una mujer.

¡Y qué mujer!

Tendría unos veinticinco años y poseía una frondosa cabellera rubia.

Era hermosa de verdad.

Y tenía un cuerpo...

Lo más sorprendente de todo, es que no estaba vestida.

Bueno, tampoco estaba desnuda.

Llevaba una bata de baño.

¡La bata de Robert!

Este pensó que la hermosa desconocida se había duchado tranquilamente en su cuarto de baño, mientras le esperaba, y después, en vez de vestirse de nuevo, se había puesto su bata de baño, trasladándose así al despacho, descalza.

La chica se había sentado en el sofá, de cuero negro, y tenía un libro en las manos. Lo había cogido de la librería y parecía enfrascada en su lectura.

No había descubierto todavía a Robert Sullivan.

Este seguía asomando solamente la cabeza.

Y mirando, con ojos perplejos, a la exuberante rubia, que tenía una pierna sobre la otra.

Las dos estaban al descubierto.

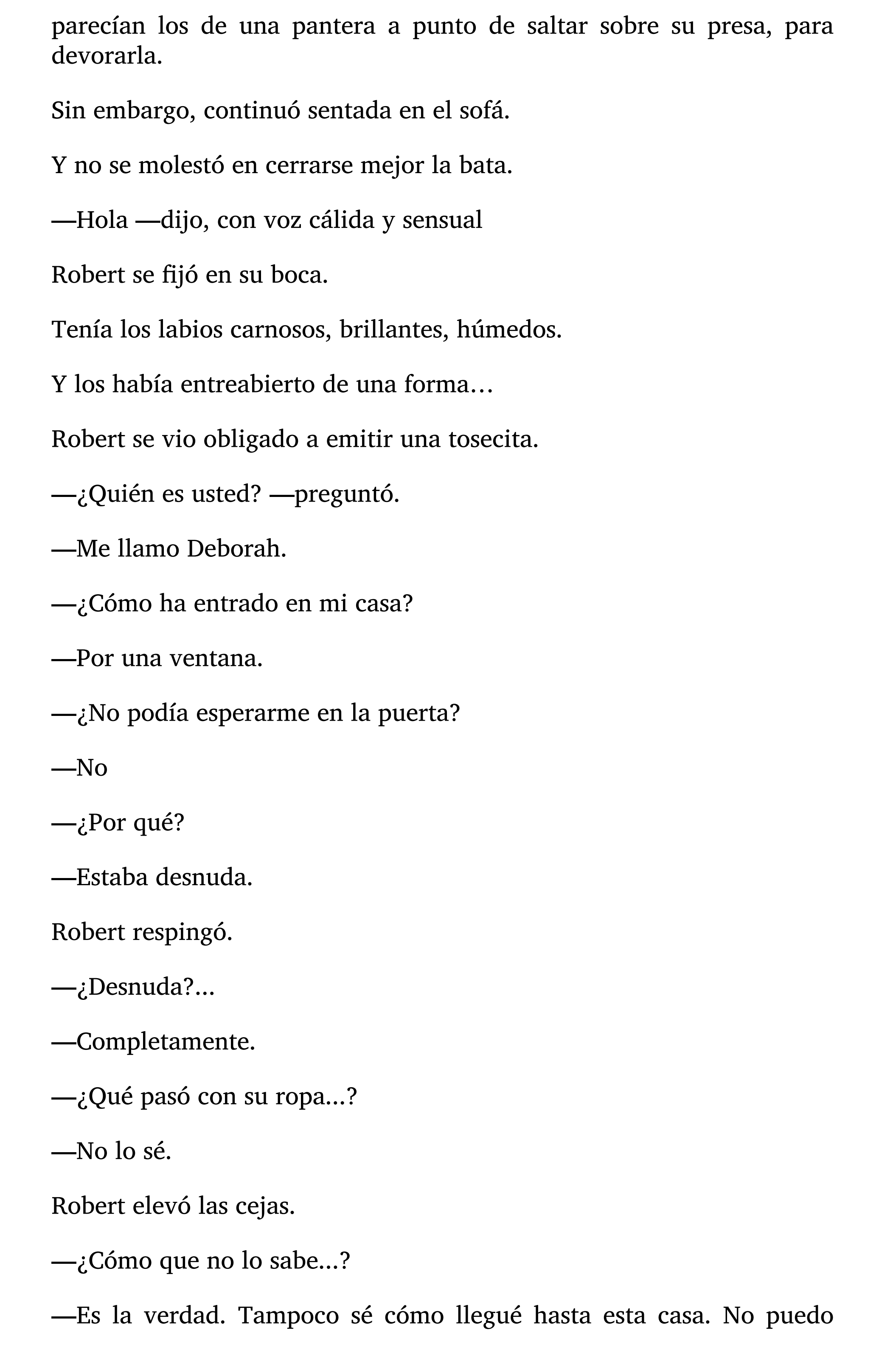
Totalmente, porque la bata, que le venía holgada a la chica, estaba descuidadamente cerrada, tanto por abajo como por arriba, así que no sólo exhibía sus fenomenales piernas, sino también una buena parte de sus rotundos senos.

Robert se preguntó quién diablos sería aquella preciosidad de cabellos rubios. Y qué hacía en su casa.

Como lo mejor era preguntárselo a ella, acabó de abrir la puerta y entró en el despacho.

—Buenas noches —saludó, en tono irónico.

La belleza rubia levantó la vista del libro que estaba leyendo y le miró tranquilamente. Tenía los ojos felinos, brillantes, peligrosos, porque



parecían los de una pantera a punto de saltar sobre su presa, para devorarla.

Sin embargo, continuó sentada en el sofá.

Y no se molestó en cerrarse mejor la bata.

—Hola —dijo, con voz cálida y sensual

Robert se fijó en su boca.

Tenía los labios carnosos, brillantes, húmedos.

Y los había entreabierto de una forma…

Robert se vio obligado a emitir una tosecita.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Deborah.

—¿Cómo ha entrado en mi casa?

—Por una ventana.

—¿No podía esperarme en la puerta?

—No

—¿Por qué?

—Estaba desnuda.

Robert respingó.

—¿Desnuda?...

—Completamente.

—¿Qué pasó con su ropa...?

—No lo sé.

Robert elevó las cejas.

—¿Cómo que no lo sabe...?

—Es la verdad. Tampoco sé cómo llegué hasta esta casa. No puedo

recordar absolutamente nada. Es como si me hubiesen borrado la memoria. Lo único que recuerdo, es que mi nombre es Deborah, que me vi delante de esta casa, totalmente desnuda, y que me asusté mucha Llamé, pero nadie me abrió. Por fortuna, una de las ventanas estaba abierta y pude colarme por ella. En el cuarto de baño encontré esta bata y me la puse. Es suya, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Robert Sullivan.

La chica lo examinó de pies a cabeza.

—¿Sabe que es usted un tipo muy apuesta señor Sullivan...?

—Y usted muy embustera, Deborah.

—¿Por qué lo dice?

—No creo una sola palabra de lo que me ha contado. Ni ha perdido la memoria, ni llegó desnuda a esta casa.

—Busque mi ropa, ande. Verá como no la encuentra.

—Porque la habrá escondido.

La rubia rió.

—¡Qué desconfiado es usted, señor Sullivan!

—Dígame quién es y qué pretende, se lo ruego.

Deborah dejó el libro en el sofá y se puso en pie.

Era una mujer alta.

Sin dejar de sonreír sensualmente, se despojó de la bata y la dejó caer al suelo, quedando completamente desnuda.

Robert la miró, claro.

Y casi pone los ojos bizcos, porque había mucho que mirar.

Deborah se le acercó, le pasó los brazos por el cuello, y sugirió:

—¿Por qué no hacemos el amor, señor Sullivan...?

CAPÍTULO II

Chris Ralston se encontraba en su despacho, dándole a la máquina de escribir, cuando oyó sonar el timbre de su apartamento. Interrumpió su trabajo y se levantó.

Era alto, moreno, de fuerte constitución. Tenía treinta y dos años, los ojos oscuros, y las facciones correctas. Por toda vestimenta, llevaba un pantalón de pijama.

Y así acudió a abrir.

Cuando tiró de la puerta, encontró a una joven de pelo rubio, ojos azules, y nariz ligeramente respingona. Tendría unos veinticuatro años, y vestía un pantalón color naranja y una blusa azul celeste.

—¿Le he sacado de la cama…? —exclamó, al ver a Chris en pantalón de pijama y con el torso desnudo.

—No

—¿Y cómo es que...? —la chica le señaló el pantalón de pijama con el dedo.

—Trabajo más cómodo así —explicó Chris.

—Ya

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lucy Gardner, y soy periodista. Trabajo para El Noticiero de Londres.

Chris estrechó la mano que le ofrecía la chica.

—Mucho gusto. Lucy.

—El gusto es mío, señor Ralston.

—¿Qué es lo que quiere, hacerme una entrevista?

—Con esa intención he venido, pero si considera que no es el momento oportuno, puedo volver mañana, a la hora que usted me diga..

—No, pase usted —rogó Chris.

—Dijo usted que estaba trabajando, señor Ralston...

—No importa.

—El caso es que no quise venir antes para no interrumpir su trabajo. No sabía que escribía usted por la noche, señor Ralston.

—Bueno, no siempre lo hago.

La periodista había entrado ya en el apartamento del escritor, así que éste cerró la puerta e indicó:

—Pase al living y siéntese, Lucy. Sólo tardaré un minuto .en reunirme con usted.

—No irá a vestirse, ¿verdad?

—Pues, sí. No sería correcto someterme a la entrevista en pantalón de pijama, ¿no le parece?

—A mí no me importa, se lo aseguro.

—¿De veras?

—Le doy mi palabra.

—En ese caso, me pondré solamente la chaqueta del pijama. Voy por ella.

—Bien.

—Espéreme en el living, Lucy. Y prepare un par de copas.

—De acuerdo.

Chris se dirigió a su dormitorio y la periodista pasó al living.

El mueble-bar estaba bien surtido.

Lucy preparó las bebidas.

En ello estaba, cuando regresó el escritor, luciendo ya la chaqueta del pijama.

—¿Cómo prefiere el whisky, señor Ralston?

—Con hielo.

—Yo también.

La periodista echó un par de cubitos en cada copa, y le ofreció una al escritor.

—Gracias, Lucy.

—De nada.

—Sentémonos en el sofá.

Lo hicieron y la periodista dejó su bolso sobre la mesa.

—¿Sabe que he leído muchas de sus novelas, señor Ralston? —dijo Lucy.

—¿En serio?

—Me encantan las novelas de terror. Y usted es mi autor favorito, señor Ralston.

—Cómo me halaga eso.

—He traído un ejemplar, para que me lo dedique.

—Lo haré con sumo gusto.

—Es usted un maestro del género, no cabe duda.

—Bueno, tanto como un maestro…

—Es cierto, lo domina a la perfección. Sus relatos son estremecedores. La ambientación, fantástica. Y sus personajes, más que creados por usted, parecen haber existido de verdad.

—En algunos casos, así es.

—¿De veras?

—La novela que estoy escribiendo ahora, por ejemplo, tiene como protagonista a un personaje real.

—¡Qué interesante! —exclamó la periodista—. Hábleme de ese personaje, señor Ralston.

—Se trata de «lady» Deborah Marley.

—¿Quién era esa «lady» Deborah...?

—Una mujer tan hermosa como perversa y diabólica. Tenía extrañes poderes, y hacía uso de ellos para sembrar el terror, la angustia, y la muerte. Para algunos, era una bruja. Para otros, tenía al demonio metido en su escultural cuerpo. Vivió en el siglo XVIII.

—¿Y cómo murió…?

—Envenenada, por una de sus sirvientas, que fue pagada para que pusiera fin a la vida de esa endemoniada mujer. La doncella logró su objetivo, pero no pudo disfrutar del dinero que le ofrecieron.

—¿Por qué?

—«Lady» Deborah adivinó que había sido ella la que le había echado el veneno en el vino, y aún tuvo fuerzas para empuñar un cuchillo y abrirle el pecho a la sirvienta. Le arrancó el corazón y lo arrojó a los perros, que se lo disputaron, mientras «lady» Deborah agonizaba.

—¡Qué horror! —exclamó la periodista, estremecida.

Chris Ralston sonrió.

—Es lo que cuenta la leyenda, al menos. Pudo suceder así, o puede que la gente de aquel tiempo exagerara. En cualquier caso, la leyenda de «lady» Deborah es ideal para una novela de terror. Hace tiempo que quería escribirla, pero he preferido esperar hasta reunir toda la información necesaria. Y no ha sido fácil conseguirla, se lo aseguro.

—Pero lo ha logrado, ¿no?

—Sí, poseo los datos suficientes para contar la historia de «lady» Deborah Marley. Y precisamente cuando se cumplen los doscientos años justos de su muerte,

—¡Qué casualidad!

—Esperemos que no le dé por resucitar, para celebrarlo.

Lucy Gardner respingó.

—¡No lo diga ni en broma, señor Ralston!

—Algunos de esos seres diabólicos suelen reencarnarse, ¿no lo sabía?

—¡En sus novelas!

Chris rió.

—Ya le he dicho que algunas de mis novelas están basadas en hechos reales, Lucy.

—¿Qué es lo que quiere, que no duerma esta noche?

—Si tiene miedo, puede quedarse en mi apartamento.

—¿Cuántas camas tiene?

—Sólo una; la mía. Pero no me importaría compartirla con usted.

La periodista sonrió.

—Es usted un descarado, señor Ralston.

—Y usted una chica muy bonita, Lucy.

—Muchas gracias. Y ahora, con su permiso, prepararé mi magnetófono y le haré la entrevista.

—Estoy a su disposición, Lucy —dijo el escritor, y tomó un sorbo de whisky.

CAPITULO III

—Soy un gusano —rezongó Robert Sullivan.

—¿Por qué dices eso, amor? —preguntó la sensual Deborah, acariciándole el desnudo torso con suavidad.

—Me caso la semana que viene, y estoy en la cama con otra mujer. Es imperdonable.

—¿Que te casas, dices...? —exclamó la rubia.

—Sí.

—¿Con quién?

—No te importa.

Deborah se fijó en la fotografía que tenía Robert Sullivan sobre la mesilla de noche.

—¿Es tu novia la chica de la foto? —preguntó.

—Sí.

—Es muy atractiva. ¿Cómo se llama?

—Marion.

—¿La quieres mucho. Robert?

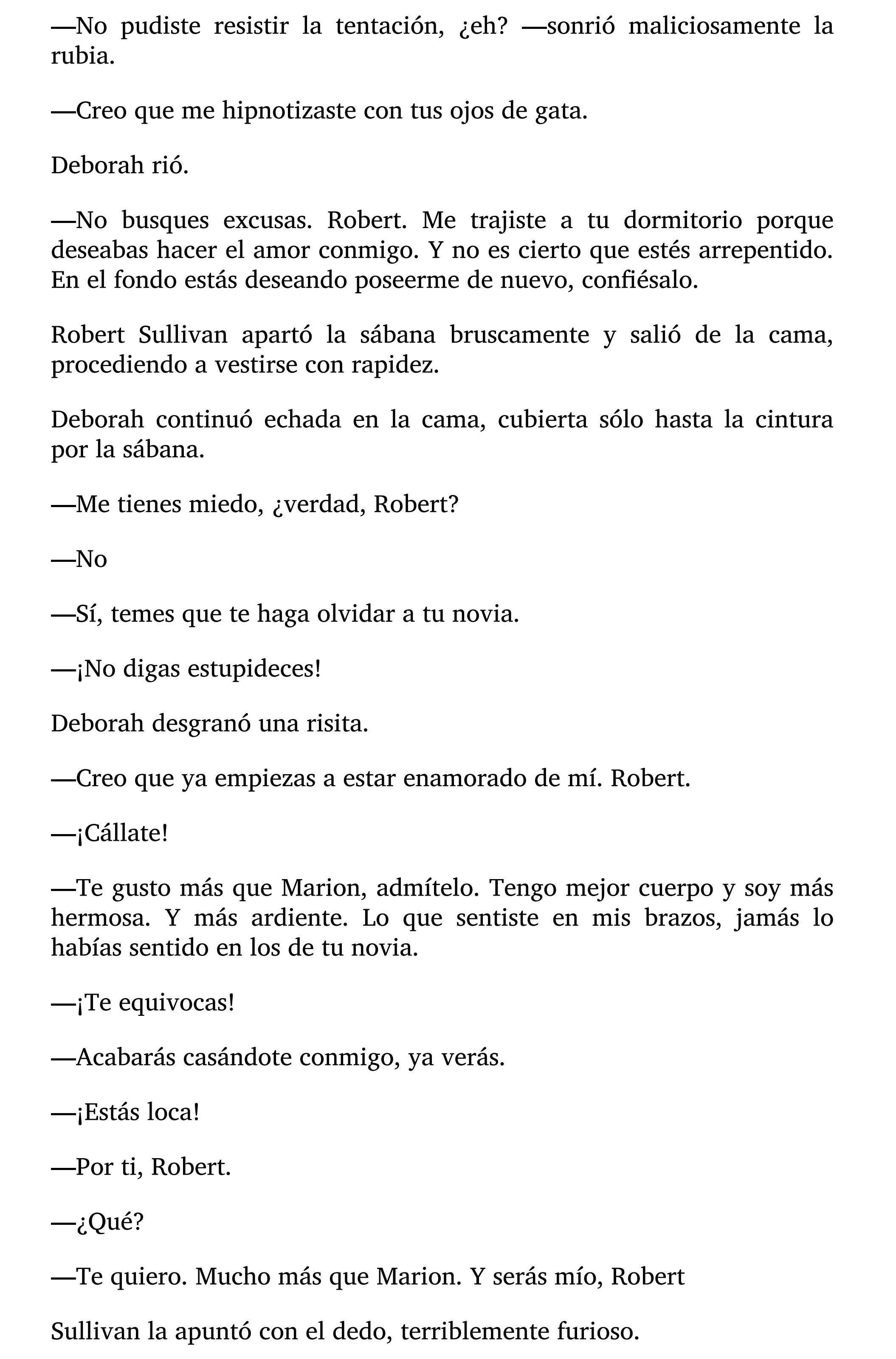
—Estoy loco por ella.

—Sin embargo, has hecho el amor conmigo...

—No sabes lo arrepentido que estoy.

—¿Por qué? Gozaste intensamente conmigo, Robert. Me besabas, me estrujabas, me mordías... En esos momentos estabas loco por mí, no por Marion.

—Perdí la cabeza. Tú me la hiciste perder, exhibiéndote completamente desnuda. Me echaste los brazos al cuello, te pegaste literalmente a mí, y...


—No pudiste resistir la tentación, ¿eh? —sonrió maliciosamente la rubia.

—Creo que me hipnotizaste con tus ojos de gata.

Deborah rió.

—No busques excusas. Robert. Me trajiste a tu dormitorio porque deseabas hacer el amor conmigo. Y no es cierto que estés arrepentido. En el fondo estás deseando poseerme de nuevo, confiésalo.

Robert Sullivan apartó la sábana bruscamente y salió de la cama, procediendo a vestirse con rapidez.

Deborah continuó echada en la cama, cubierta sólo hasta la cintura por la sábana.

—Me tienes miedo, ¿verdad, Robert?

—No

—Sí, temes que te haga olvidar a tu novia.

—¡No digas estupideces!

Deborah desgranó una risita.

—Creo que ya empiezas a estar enamorado de mí. Robert.

—¡Cállate!

—Te gusto más que Marion, admítelo. Tengo mejor cuerpo y soy más hermosa. Y más ardiente. Lo que sentiste en mis brazos, jamás lo habías sentido en los de tu novia.

—¡Te equivocas!

—Acabarás casándote conmigo, ya verás.

—¡Estás loca!

—Por ti, Robert.

—¿Qué?

—Te quiero. Mucho más que Marion. Y serás mío, Robert

Sullivan la apuntó con el dedo, terriblemente furioso.

—¡Tienes cinco minutos para abandonar mi cama, Deborah! ¡Y mi casa!

—¿Desnuda...?

—¡Ese es tu problema!

—Déjame pasar la noche contigo, Robert Y, por la mañana..

—¡Ni hablar! —la interrumpió Sullivan—. ¡Si no te vas voluntariamente, te echaré yo!

—¿Serías capaz...?

—¡Ya lo verás!

Robert Sullivan caminó hacía la puerta.

Antes de salir de la habitación, se volvió y dijo:

—¡Cinco minutos, no lo olvides!

Saltó y cerró la puerta de un portazo.

Deborah irguió su desnudo torso, alargó el brazo, y cogió la fotografía enmarcada de Marion Tracy.

—Robert no se casará contigo, Marion. No podrá hacerlo, porque vas a dejar el mundo de los vivos. Yo haré que lo abandones —dijo, entrecerrando sus felinos ojos.

Los convirtió en dos rendijas.

Dos rendijas que brillaban agudamente.

La expresión de su rostro era ahora tan siniestra, que a Robert Sullivan se le hubiesen puesto los pelos de punta, de haber entrado en aquellos momentos en la habitación.

* * *

Marion Tracy se asomó al cuarto de baño, envuelta en una delgada bata brillante, porque se había desvestido apenas entrar en su apartamento.

Vio que la bañera estaba casi llena y cerró los grifos.

Después, metió la mano en el agua, para comprobar su temperatura.

Estaba tibia.

Como la novia de Robert Sullivan quería.

Sabía que la relajaría

Marion se despojó de la bata y de las zapatillas, y se metió en la bañera, estirando su cuerpo al máximo.

—Que delicia... —murmuró, cerrando los ojos.

Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y se quedó muy quieta, gozando de la tibieza del agua

Llevaba unos cinco minutos así, cuando escuchó un ruido.

Marion abrió los ojos al instante.

¡El ruido, había sonado en el interior del baño!

La novia de Robert Sullivan se tranquilizó al ver abierta la puerta del armario. Se había abierto sola, seguramente a causa de la presión del muelle, o porque no estaba bien cerrada.

Fue lo que pensó Marion, así que volvió a cerrar los ojos, dispuesta a seguir gozando del baño de agua tibia.

Tan sólo unos segundos después, escuchó otro ruido.

También dentro del baño.

Marion abrió los ojos de nuevo y miró el armario.

¡La puerta se estaba abriendo más!

¡Lenta y suavemente!

¡Como si tirara de ella una mano invisible!

Marion contuvo la respiración.

¿Qué significaba aquello..?

¿Por qué se abría la puerta sola...?

¿Quién o qué tiraba de ella...?

Marion estaba asustada.

Ella no creía en fantasmas ni en espíritus, pero lo que estaba sucediendo era como para pensar en ellos.

La puerta del armario siguió moviéndose misteriosamente hasta quedar totalmente abierta. Entonces, ocurrió algo aún más extraño y sorprendente.

Marion tenía varias cuchillas de afeitar en el armario.

Solía usarlas para afeitarse las piernas, con una maquinilla.

De pronto, una de las cuchillas se elevó sola y salió del armario.

Marion dilató los ojos, al tiempo que se estremecía de pies a cabeza en la bañera.

La cuchilla, como sostenida por una mano invisible, avanzó hacia la novia de Robert Sullivan.

Marion estaba tan aterrada que no se movió.

Tampoco gritó.

Y eso que abrió la boca con esa intención.

Pero no le salió la voz.

El pánico la había dejado tan muda como paralizada.

Lo único que podía hacer, era seguir con sus desencajados ojos el lento pero inexorable avance de la cuchilla de afeitar.

Venía directa hacia la muñeca izquierda de Marion.

¿Con qué intención...?

Marion se dijo que con la de cortarle las venas, y su terror se acentuó considerablemente.

Quiso retirar el brazo, pero no pudo moverlo.

Era como si alguien se lo sujetase con fuerza.

Marion, desesperada, intentó de nuevo gritar, pedir socorro, pero sus cuerdas vocales seguían sin responderle.

No podían emitir sonido alguno.

Ni siquiera un leve gemido.

Presa de un pánico cerval. Marion Tracy vio que la cuchilla de afeitar alcanzaba su muñeca izquierda y se clavaba en ella, cortando las venas.

Marion sintió dolor cuando la cuchilla se hincó en su muñeca, pero ni siquiera entonces pudo gritar.

La cuchilla se elevó de nuevo y buscó la muñeca derecha de la novia de Robert Sullivan.

Marion nada pudo hacer por evitar que se clavara en sus venas.

Su cuerpo no le obedecía.

Parecía el de otra persona.

La cuchilla de afeitar cortó limpiamente las venas e hizo brotar la sangre.

Marion Tracy, presa de un terror indescriptible, vio cómo se desangraba con rapidez, cómo se debilitaba su agarrotado cuerpo, cómo se le escapaba la vida…

Poco después, cerraba los ojos y doblaba la cabeza.

Ya no podría casarse con Robert Sullivan.

Estaba muerta.

CAPITULO IV

Chris Ralston respondió a la última pregunta de Lucy Gardner, y la periodista pulsó el «stop» de su magnetófono.

—Gracias por la entrevista, señor Ralston.

—Ha sido un placer —aseguró el escritor.

—Y gracias, también, por la copa.

—Cuando le apetezca tomar otra, vuelva por aquí.

—Puede que lo haga, ¿sabe?

—Estaré encantado, Lucy.

—Es usted muy amable, señor Ralston.

—Siempre lo soy con las chicas bonitas.

La periodista sonrió y guardó su pequeño magnetófono en el bolso, del que extrajo la novela de terror escrita por Chris Ralston y publicada por «London Ediciones», como todas las suyas.

—Dedíquemela, señor Ralston.

—Con mucho gusto.

—Tenga mi bolígrafo.

Chris lo tomó y le hizo la dedicatoria.

—Ya está.

—Muchas gracias, señor Ralston. Guardaré este ejemplar como oro en paño.

—No creo que sea para tanto, pero confieso que me halaga.

—Para mí tiene un gran valor, se lo aseguro. No le mentí cuando dije que es usted mi autor preferido, dentro del género de terror.

—Me alegro de veras.

La periodista se levantó y Chris hizo lo propio.

—Adiós, señor Ralston.

—La acompaño hasta la puerta —dijo el escritor, tomándola del brazo.

Lucy Gardner se dejó llevar.

Y besar.

Sí, porque eso fue lo que hizo Chris Ralston cuando llegaron a la puerta, tomar a la periodista por la cintura y besarla en los labios, expertamente.

Después, la soltó y sonrió.

—Hasta la vista, Lucy.

—¿Lo del beso por qué ha sido, señor Ralston?

—Me apetecía.

—Ya.

—¿Te ha disgustado, Lucy?

—No

—Tampoco te molesta que te tutee, ¿verdad?

—Claro que no.

—Espero verte pronto, Lucy. Seguiremos hablando de «lady» Deborah y de su posible reencarnación.

La periodista se estremeció perceptiblemente.

—Ya me está asustando de nuevo, señor Ralston.

El escritor rió.

—Sólo era una broma, Lucy. Y prefiero que me llames Chris.

—¿Sigue en pie su oferta, Chris?

—¿Qué oferta?

—La de compartir su cama conmigo.

—¡Naturalmente!

—Voy por el camisón y vuelvo.

—No lo necesitas. Te prestaré la chaqueta de mi pijama

Ahora fue la periodista la que rió.

—¡Le he devuelto la broma, Chris!

—Lo de compartir mi cama no iba en serio, ¿eh?

—Pues claro que no.

—Qué lástima.

Lucy Gardner salió del apartamento del escritor.

—Adiós, Chris.

—Si te tropiezas con una mujer alta, de frondosa cabellera rubia, ojos felinos, boca sensual, y cuerpo exuberante, aléjate de ella lo antes posible, Lucy.

—¿Por qué?

—Tendrías ante ti a «lady» Deborah.

La periodista respingó.

—Se ha propuesto que no pegue ojo esta noche, ¿eh?

—Si no puedes dormir, vuelve. Ya sabes que en mi cama habrá sitio para ti.

—No le caerá esa breva.

—Quién sabe.

—Lo sé ya que soy la breva.

Rieron los dos.

Después, Lucy Gardner se marchó y Chris Ralston regresó a su despacho para continuar con su trabajo.

* * *

La hermosa Deborah sonrió.

Sabía lo que había hecho y se sentía muy satisfecha.

—Has dejado de ser un estorbo para mis planes, Marion.

Justo en aquel momento, la puerta se abrió y Robert Sullivan entró en la habitación, sorprendiendo a la turbadora rubia con la fotografía de Marion Tracy en sus manos.

—¡Han pasado los cinco minutos, Deborah!

—¿Tan pronto…?

—¿Qué haces con la fotografía de mi novia? —barbotó Robert.

—Observarla de cerca.

—¡Déjala en su sitio!

—Está bien, no te enfades —sonrió la rubia, y volvió a dejar la fotografía sobre la mesilla.

—¡Y salta de la cama de una maldita vez!

—¿Insistes en echarme de tu casa, Robert…?

—¡Naturalmente!

—Como quieras —suspiró Deborah, y retiró la sábana.

Tan desnuda como un recién nacido, abandonó la cama y caminó hacia la puerta. Pasó por delante de Robert Sullivan, dedicándole una lasciva sonrisa, y salió de la habitación.

Robert salió tras ella.

La vio caminar hacia la puerta de la casa, sin prisas, pero sin detenerse. Parecía decidida a abandonar la casa tal como iba, en completa desnudez.

Robert Sullivan rezongó una maldición y trotó hacia ella.

—¡Espera!

Deborah se detuvo, muy cerca ya de la puerta, y se dio la vuelta.

—¿Qué quieres, Robert?

—¡Que te vistas, maldita sea!

—No tengo ropa.

—¿Vas a soltarme otra vez el cuento de que...?

—No es un cuento, Robert. Desperté como de un sueño delante de tu casa. Y desperté desnuda. No sé lo que me pasó ni cómo llegué hasta aquí. Sólo puedo recordar mi nombre. Ni siquiera mi apellido.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—¿Por qué iba a engañarte, Robert?

—¡Tú sabrás!

—Lo único que sé, es que me he enamorado de ti. Perdidamente. Robert. Me casaría contigo mañana mismo.

—¡Yo voy a casarme con Marion!

Deborah entornó sus ojos de pantera y los hizo brillar con intensidad.

—¿Estás seguro. Robert?

Sullivan quiso rehuir la felina mirada de la hermosa mujer, pero no pudo. Los ojos de ella ejercían un total dominio sobre los de él y ni siquiera podía pestañear.

—¿Qué... qué haces, Deborah...? —tartamudeó, asustado.

—Te miro.

—¿Quieres hipnotizarme...?

—Dime que no te casaras con Marion.

—La quiero, Deborah.

—Tú me quieres a mí, Robert-

—No

—Estás deseando abrazarme.

—No, no...

Deborah dio un paso hacia él.

—Abrázame, Robert.

Sullivan no quería, pero lo hizo.

La peligrosa rubia sonrió.

—¿Ves cómo lo estabas deseando...?

—No sé lo que me pasa. No soy dueño de mi voluntad.

—Tonterías.

—Yo amo a Marion.

— Me amas a mí. Dilo Robert, Di que me amas.

—Te amo, Deborah —dijo Sullivan, sorprendiéndose a sí mismo porque no pensaba decir eso.

La rubia amplió su sonrisa.

—Ya no quieres a Marion, ¿verdad?

—No

—Y no te casarás con ella.

—No

—Te casarás conmigo.

—Sí.

—Bésame, cariño.

Robert la besó.

No podía negarse.

Deborah lo tenía totalmente dominado.

Hacía y decía lo que ella quería.

Tras el beso, muy fogoso, la rubia dijo:

—Volvamos al dormitorio, mi amor.

—Sí—respondió Robert, y caminaron hacia la habitación,



estrechamente abrazados.

CAPITULO V

Chris Ralston solía levantarse temprano, pero aquella mañana hizo una excepción. Justificada, sin embargo, porque la noche pasada trabajó hasta muy tarde.

Cuando se despertó, eran más de las diez.

—Se te han pegado las sábanas, compañero —rezongó, y salió rápidamente de la cama.

Se introdujo en el cuarto de baño y se dio una ducha. Después, se preparó el desayuno.

Iba en pantalón de pijama, como la noche anterior. Estaba terminando de desayunar, cuando llamaron a la puerta.

El escritor pensó en Lucy Gardner.

¿Sería la periodista...?

Chris apostó a que sí, mientras acudía a abrir. Y no se equivocó.

Era Lucy.

Pero una Lucy bastante distinta a la de la noche pasada.

Aquélla, era alegre y risueña.

Esta de hoy, seria y preocupada.

Chris se dio cuenta de ello en seguida.

—Hola. Lucy.

—Buenos días, Chris.

—¿Sucede algo?

—Sucedió anoche.

—No irás a decirme que te tropezaste con «lady» Deborah. ¿verdad?

—No, la cosa es mucho más seria.

—Pasa y cuéntamelo.

La periodista entró en el apartamento.

Chris Ralston cerró la puerta y preguntó:

—¿Qué ocurrió anoche, Lucy?

—La prometida de Robert Sullivan se suicidó.

—¿Qué...?

—Se cortó las venas.

—¡No es posible!

—Acabo de enterarme, Chris.

—¡Pero si iban a casarse dentro de unos días! ¡Me lo dijo Sullivan!

—Sé que iban a contraer matrimonio en breve. También sé que a usted, aparte de la relación profesional, le unía una buena amistad con Robert Sullivan.

—Es cierto.

—Por eso he venido, Chris. Suponía que usted aún no tendría noticia del hecho.

Ralston apoyó la espalda contra la puerta, totalmente abatido por el trágico suceso.

—No me entra en la cabeza que Marion... — murmuró.

—¿La conocía usted, Chris?

—Sí.

—Entonces, aún debe ser más doloroso para usted.

—Desde luego.

—Lo siento de veras, Chris.

—Sullivan debe de estar desesperado.

—Es lógico.

—Iré a verle.

—¿Puedo acompañarle, Chris?

—Sí, claro.

—Gracias.

—Voy a vestirme.

—Le espero, Chris.

El escritor caminó hacia el dormitorio, sin poder explicarse que Marion Tracy, una mujer llena de vida y de alegría, se hubiera suicidado una semana antes de su boda con Robert Sullivan, de quien tan enamorada se hallaba.

* * *

Chris Ralston estacionó su coche, un «Talbot» azul brillante, frente al edificio donde «London Ediciones» tenía sus oficinas.

—¿Quieres subir, Lucy?

—No, prefiero esperarle aquí —respondió la periodista.

—Está bien.

Chris salió del coche y se introdujo en el edificio.

Vestía un traje claro y una bonita camisa de cuello abierto.

Subió a las oficinas de «London Ediciones».

Susie Caswell la secretaria de Robert Sullivan, ocupaba la antesala del despacho de éste. Tenía veintitrés años y era una morenita de rostro agradecido y formas muy estimables.

—Hola, Susie —la saludó el escritor.

—Buenos días, señor Ralston.

—¿Está el señor Sullivan?

—Sí, pero…

—Sé lo que ha pasado, Susie.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Una periodista a la que conocí precisamente ayer.

—Los periodistas se enteran en seguida de todo.

—¿Cómo está el señor Sullivan, Susie?

—Destrozado, aunque trata de sobreponerse.

—Hablaré con él.

—Anímele, señor Ralston. Lo necesita.

—Descuida —sonrió levemente Chris, y entró en el despacho de Robert Sullivan.

Lo encontró hundido en su sillón, muy quieto, con la mirada perdida y una expresión extraña en su rostro.

—Hola, Robert.

Sullivan lo miró, pero no se movió.

—Hola, Chris.

—Me he enterado de que Marion...

—Soy el responsable.

—¿Qué dices?

—Se suicidó por mi culpa, Chris.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Es la verdad. Nos queríamos, íbamos a casamos... De pronto, apareció Deborah y...

—¿Deborah...? —respingó Ralston.

—Es una mujer fascinante, Chris. Alta, rubia, hermosa, con un cuerpo escultural... Quedé prendado de ella en cuanto la vi. Yo también le gusté desde el primer momento. Hicimos el amor y me olvidé por completo de Marion. Comprendí que no podía casarme con ella, porque no sería feliz. Y se lo dije. Le dije que amaba a otra mujer. Locamente.

Chris Ralston se había quedado boquiabierto.

—¿Me estás diciendo que rompiste tu compromiso con Marion...?

—Sí, anoche.

—Pero, Robert...

—Tenía que hacerlo, Chris. Voy a casarme con Deborah.

—Deborah...

—Sabía que a Marion iba a dolerle mucho, pero ni siquiera pasó por mi imaginación que la ruptura de nuestro compromiso le hiciera pensar en el suicidio. Pero lo pensó. Y se cortó las venas. En la bañera, con una cuchilla de afeitar. Mi decisión la obligó a ello. Por eso dije antes que soy el responsable de la muerte. Y me siento muy mal, Chris. Totalmente abatido.

—Deja que me siente, porque... —murmuró Ralston, y se dejó caer en uno de los sillones que habla frente a la amplia mesa de Robert Sullivan.

—Sé que tú apreciabas a Marion, Chris.

—Mucho. Tanto como a ti.

—Supongo que ahora me despreciarás, por lo que hice.

—No digas eso.

—Yo maté a Marion, Chris.

—Se suicidó, Robert.

—Por mi culpa.

—Bueno, si habías dejado de quererla, no podías casarte con ella.

—¿Lo comprendes, entonces...?

—Naturalmente.

Sullivan sonrió.

—Eres un buen amigo. Chris. El mejor que tengo.

—No quiero que sigas atormentándote, Robert. No eres culpable de la

muerte de Marion. La decisión de suicidarse, la tomó ella. No debió hacerlo. El suicidio no está justificado en ningún caso. Hay que afrontar los reveses de la vida. Y superarlos. Marion aún era joven, y podría haberse repuesto y recuperado del desengaño amoroso. Debió comprender que, si tú amabas a otra mujer, no podías mantener tu compromiso con ella. Vuestro matrimonio hubiera sido un fracaso. No habríais sido felices ninguno de los dos.

—Eso mismo le dije yo, pero…

—Háblame de tu nuevo amor, Robert.

—¿De Deborah?

—S, explícame quién es y cómo la conociste.

Sullivan sonrió ligeramente.

—No puedo explicarte quien es, porque no lo sé. Deborah asegura que ha perdido la memoria. Sólo recuerda su nombre. Me la encontré una noche en mi casa, completamente desnuda. No sabía cómo había llegado hasta allí, ni lo que había sido de su ropa. Tuvo que ponerse mi bata, para cubrir su desnudez.

—¿Y vive contigo, desde entonces…?

—Sí.

—¿Cómo se apellida Deborah?

—No lo recuerda.

—¿Y no sientes curiosidad por saber quién es, Robert?

—Al principio, sí; ahora, ya no. La quiero y ella me corresponde. Eso es lo único que importa, ¿no crees?

—Desde luego.

—Quiero que conozcas a Deborah, Chris.

—Lo estoy deseando, te lo aseguro.

—Ven esta noche a casa. Cenarás con nosotros.

—¿Puedo llevar a una amiga?



—Naturalmente.

Ralston se puso en pie.

—Gracias, Robert. Estaremos en tu casa a las ocho.

—Muy bien.

Se despidieron y el escritor abandonó el despacho, mucho más preocupado de lo que parecía.

CAPITULO VI

Lucy Gardner había encendido un cigarrillo, mientras esperaba el regreso de Chris Ralston. Lo había consumido casi totalmente, cuando vio salir al escritor.

La periodista echó la colilla en el cenicero del coche.

Chris alcanzó su «Talbot» y se introdujo en él, con claro gesto de preocupación.

—¿Ha hablado con Robert Sullivan, Chris? —preguntó Lucy.

—Sí. estaba en su despacho

—¿Y...?

Ralston la miró fijamente.

—¿Recuerdas lo que dije anoche sobre la posible reencarnación de algunos seres diabólicos, Lucy?

—Claro.

—Pues creo que estamos ante uno de esos casos.

—¿Qué...?

—Marion Tracy se suicidó porque Robert Sullivan rompió anoche su compromiso con ella. Se ha enamorado perdidamente de otra mujer. Es alta, rubia, hermosa, con un cuerpo escultural... Y se llama Deborah.

Lucy Gardner dio un nervioso respingo.

—¿Deborah?...

—Sí.

—¿Deborah qué?

—La mujer asegura que ha perdido la memoria y no recuerda su apellido, pero yo juraría que es Marley.

La periodista se estremeció visiblemente.

—¿Deborah Marley…?

—Sí.

—¿Como «lady» Deborah…?

—Creo que es «lady» Deborah Marley, que se ha reencarnado.

—¡Eso no es posible!

—¿Sabes cómo conoció a Robert Sullivan a la fascinante Deborah?

—No.

Chris se lo contó.

La periodista se quedó perpleja.

—¿Qué dices ahora, Lucy?

—No sé.

—Para mí, la cosa está bastante clara. Deborah no ha perdido la memoria. Dice eso porque no le conviene hablar de su pasado. Y para que nadie pueda relacionarla con «lady» Deborah Marley, oculta su apellido. Lo de su completa desnudez, debe ser cierto. Es así como se producen las reencarnaciones. Un ser que vuelve a la vida, después de doscientos años muerto, no puede reencarnarse vestido, porque de la ropa que llevaba, cuando lo enterraron, no queda nada. En cuanto a lo del suicidio de Marion Tracy…

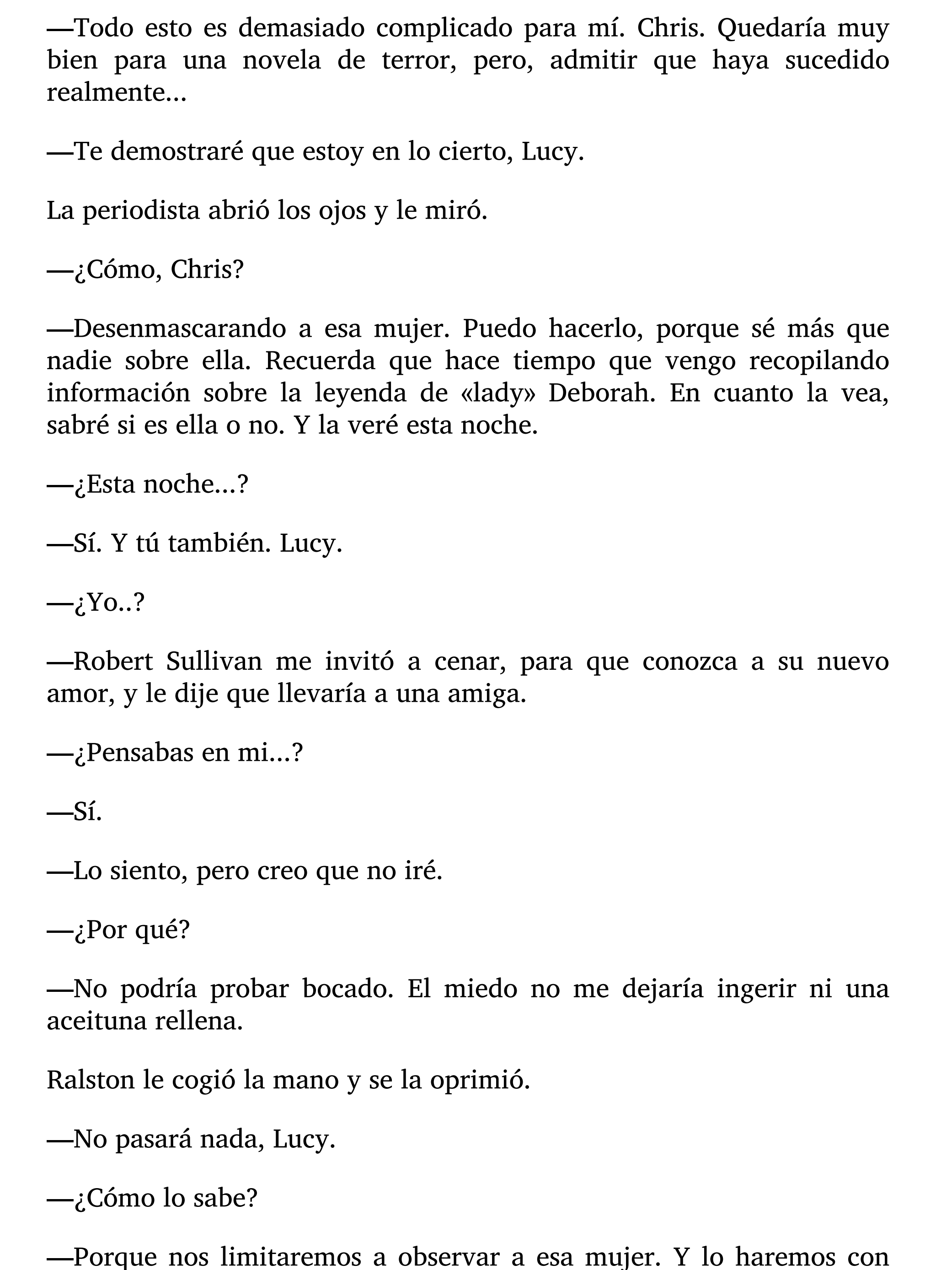
—¿Qué?

—Sospecho que «lady» Deborah tuvo algo que ver, Lucy. Quizá hizo uso de sus maléficos poderes, para conseguir que Marion se quitara la vida. Y también para enamorar a Robert. Si hubieras visto la expresión de su cara…

—¿Cómo era?

—Muy extraña. Y habla de una manera maquinal. Como si estuviera hipnotizado. Juraría que se halla bajo la influencia de esa perversa mujer. Hace y dice lo que ella quiere que haga y diga.

Lucy Gardner se llevó las manos a las sienes y se las oprimió, al tiempo que cerraba los ojos.



—Todo esto es demasiado complicado para mí. Chris. Quedaría muy bien para una novela de terror, pero, admitir que haya sucedido realmente…

—Te demostraré que estoy en lo cierto, Lucy.

La periodista abrió los ojos y le miró.

—¿Cómo, Chris?

—Desenmascarando a esa mujer. Puedo hacerlo, porque sé más que nadie sobre ella. Recuerda que hace tiempo que vengo recopilando información sobre la leyenda de «lady» Deborah. En cuanto la vea, sabré si es ella o no. Y la veré esta noche.

—¿Esta noche…?

—Sí. Y tú también. Lucy.

—¿Yo..?

—Robert Sullivan me invitó a cenar, para que conozca a su nuevo amor, y le dije que llevaría a una amiga.

—¿Pensabas en mi…?

—Sí.

—Lo siento, pero creo que no iré.

—¿Por qué?

—No podría probar bocado. El miedo no me dejaría ingerir ni una aceituna rellena.

Ralston le cogió la mano y se la oprimió.

—No pasará nada, Lucy.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nos limitaremos a observar a esa mujer. Y lo haremos con naturalidad. Como si no sospecháramos nada. Y ella tampoco sospechará.

—Yo no sabré comportarme con naturalidad, Chris. Estaré muy nerviosa, y ella lo notará.

—Yo me encargaré de tranquilizarte, Lucy.

—¿Cómo?

—Así —respondió Ralston, y la besó en los labios.

La periodista no hizo nada por impedirlo.

Tras el beso, el escritor preguntó:

—¿Te sientes más tranquila, Lucy?

—Sí, pero no del todo.

—Seguiré con el tratamiento, pues —dijo Chris, y la besó de nuevo, más largamente que antes.

* * *

Jennifer, la esposa de David Owens, contaba treinta y cinco años de edad. Seis menos que su marido, que ya había rebasado los cuarenta.

Era una mujer llenita.

Pero no era fea.

No había podido darle ningún hijo a David, todavía, pese a llevar diez años de matrimonio, por lo que Jennifer ya casi había perdido totalmente las esperanzas de ser madre.

Por fortuna, David no se lo reprochaba.

Parecía resignado a no tener hijos.

Tan resignado, que había perdido casi todo su interés por conseguirlos, lo cual disgustaba a Jennifer, que quería seguir encargándolos, aunque no llegasen.

Llamaba perezoso a su marido y te decía que él ya no la encontraba atractiva y deseable porque le sobraban algunos kilos, lo cual negaba rotundamente David.

Jennifer había llegado a pensar, incluso, que su marido tenía alguna amiguita, más joven y más esbelta que ella, pero David también lo negaba, jurando que jamás la había engañado ni la engañaría.

En todo ello estaba pensando Jennifer, mientras preparaba la comida.

De pronto, sonó el teléfono.

Había un supletorio en la cocina y Jennifer contestó desde allí.

—¿Diga.-?

—¿Es la esposa de David Owens...? —preguntó una voz de mujer, cálida y sensual.

—Sí —respondió Jennifer—. ¿Con quién hablo?

—No puedo decir mi nombre, pero sí le diré que su marido la engaña, señora Owens.

—¿Qué...?

—Mantiene relaciones amorosas con Susie Caswell, la secretaria de Robert Sullivan. Se ven tres veces por semana.

—¿Tantas...?

—Y algunas semanas, cuatro. Su marido es un hombre muy fogoso, señora Owens.

—¡Lo será con Susie, porque conmigo...!

La interlocutora de Jennifer emitió una risita.

—Yo, en su lugar, lo castigaría duramente, señora Owens. Por sinvergüenza.

—¡No dude que lo haré!

—Se lo merece. Adiós, señora Owens.

—¡Adiós! ¡Y gracias por informarme, sea usted quien sea!

—Soy otra esposa engañada.

—¿De veras?

—Sí, también mi marido me la pegaba.

—¿Y ya no se la pega?

—Como no sea con alguna difunta...

Jennifer respingó.

—¿Murió...?

—Me lo cargué, señora Owens.

—¿Que usted...?

—Le asesté varias cuchilladas en el pecho y en el vientre.

—Cielos.

—De mí no se ríe nadie, señora Owens —dijo la mujer, y colgó.

Jennifer hizo lo propio, muy lentamente.

Miró el cuchillo que descansaba sobre el banco de la cocina.

—Varias cuchilladas en el pecho y en el vientre... —murmuró, estremecida todavía.

De pronto, su mano se movió hacia el cuchillo.

Jennifer se sorprendió, porque no tenía intención de cogerlo.

Pero lo cogió.

Una voluntad misteriosa parecía dominar los movimientos de su mano

Ya con el cuchillo empuñado, creyó oír la voz de la mujer que le había llamado por teléfono.

—Tienes que matar a David, Jennifer.

—¡No!

—Tienes que acabar con él

—¡No. no..! —chilló Jennifer, horrorizada, y quiso soltar el cuchillo.

Pero no pudo abrir la mano.

Sus dedos parecían pegados al mango del cuchillo. La voz de la mujer volvió a sonar, lejana, pero clara;

—Yo te ayudaré a matar al sinvergüenza de tu marido, Jennifer.

CAPITULO VII

David Owens se dirigía a su casa, sin sospechar lo que le esperaba en ella. Conducía su coche, un precioso «Opel-Senator», con el semblante serio.

Y es que no podía apartar de su pensamiento el suicidio de Marion Tracy, la prometida de Robert Sullivan, que él no lograba explicarse, porque su socio no le había hablado de la hermosa Deborah.

Robert Sullivan tampoco le había hablado de ella a Trevor Borex, su otro socio. Sólo lo había hecho con Chris Ralston.

Sin dejar de darle vueltas al asunto, David Owens llegó a su casa.

No metió el coche en el garaje, porque, tras el almuerzo, tenía que volver a su trabajo. Lo dejó frente a la casa y salió del vehículo.

Abrió la puerta con su llave y penetró en la casa.

—¿Jennifer... ?

Su mujer no le respondió.

David fue hacia la cocina, esperando encontrar a Jennifer allí.

—¡Ya estoy aquí, cariño!

Su esposa siguió sin responderle.

David alcanzó la cocina y entró en ella.

Jennifer, efectivamente, estaba allí.

Muy quieta.

Y muy seria.

Tenía la mano derecha oculta en su espalda.

David se quedó parado al ver la expresión de su mujer.

—¿Qué te sucede, querida...?

—Nada.

—Tienes una cara muy rara.

—Te gusta más la de Susie Caswell, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —parpadeó David.

—Estoy hablando de la secretaria de Robert Sullivan.

—¿Y por qué la mencionas?

—Porque es tu amante.

—¿Qué... ?

—Me engañas con ella, David. Tres veces por semana Y algunas semanas, cuatro. Con razón no querías ya nada conmigo, por las noches.

Owens puso cara de retrasado mental.

—¿Que yo...? ¿Con Susie...?

—Sí.

—¡No sabes lo que dices, Jennifer!

—Eres un cerdo, David.

—¡Yo no te he engañado con nadie, te lo juro!

—Es inútil que lo niegues, porque estoy bien informada.

—Tiene que haber una equivocación! ¡Yo no he puesto nunca los ojos en la secretaria de Sullivan!

—Has puesto tus ojos, las manos, y más cosas.

—¡No la he tocado, tienes que creerme!

—Lo que tengo que hacer, es acabar contigo, gusano —dijo fríamente Jennifer, sacando la mano que ocultaba en su espalda.

David desorbitó los ojos al ver que su mujer empuñaba un cuchillo.

—¿Te has vuelto loca, Jennifer... ?

—Te voy a coser a cuchilladas, puerco.

—¡Si todo esto es una broma, no tiene ninguna gracia!

—¡La cosa va en serio! —aseguró Jennifer, y le soltó una cuchillada al pecho.

David dio un salto hacia atrás, pero no con la necesaria rapidez, y la punta del cuchillo le causó una herida justo debajo de la clavícula izquierda.

La sangre brotó en seguida, manchándole la camisa.

David se llevó la mano derecha a la herida, con claro gesto de dolor.

—¡Me has herido, Jennifer! —gritó—. ¡Y has podido matarme!

—¡Eso es lo que quiero! —rugió su mujer, y le soltó otra feroz cuchillada.

David no saltó esta vez.

No le dio tiempo.

La hoja del cuchillo cayó sobre su mano y se la atravesó, incrustándose algunos centímetros en su pecho.

El alarido que emitió David, fue estremecedor.

Jennifer desclavó el cuchillo de golpe.

David aulló de nuevo y se agarró la atravesada mano, que chorreaba sangre en cantidad.

Jennifer le asestó una nueva cuchillada, esta vez en el pulmón derecho.

David se derrumbó, mortalmente herido, porque el acero había profundizado mucho. Jennifer, cuya expresión reflejaba ahora una fiereza diabólica, saltó sobre él como una pantera y siguió acuchillándole salvajemente.

—¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

La hoja de acero se clavó en el vientre de David, en su estómago, en su pecho, en sus hombros, en su cuello...

Jennifer lo cosió literalmente a cuchilladas.

David ya estaba muerto.

Era un cadáver totalmente cubierto de sangre.

Sin embargo, Jennifer seguía descargando el cuchillo sobre él, como poseída por todos los demonios del infierno.

* * *

Chris Ralston no había escrito una sola línea en todo el día.

Ni siquiera lo había intentado.

Prefirió emplear el tiempo repasando la información que había logrado reunir sobre «lady» Deborah Marley y su leyenda. Quería tener todos los detalles en su mente aquella noche, cuando acudiese a la casa de Roben Sullivan y éste le presentase a la fascinante mujer rubia que hallara completamente desnuda en su casa, y con la que pensaba casarse muy pronto.

¿Sería «lady» Deborah...?

¿No lo sería... ?

El escritor se hallaba cada vez más convencido de que sí, aunque no estaría seguro hasta que la tuviese ante sus ojos.

De pronto, llamaron a la puerta.

Chris miró su reloj.

Eran las seis, y había quedado con Lucy Gardner a las siete y media, así que no podía ser ella.

Intrigado, el escritor salió de su despacho y acudió a abrir.

Se había equivocado, porque sí era la joven y atractiva periodista.

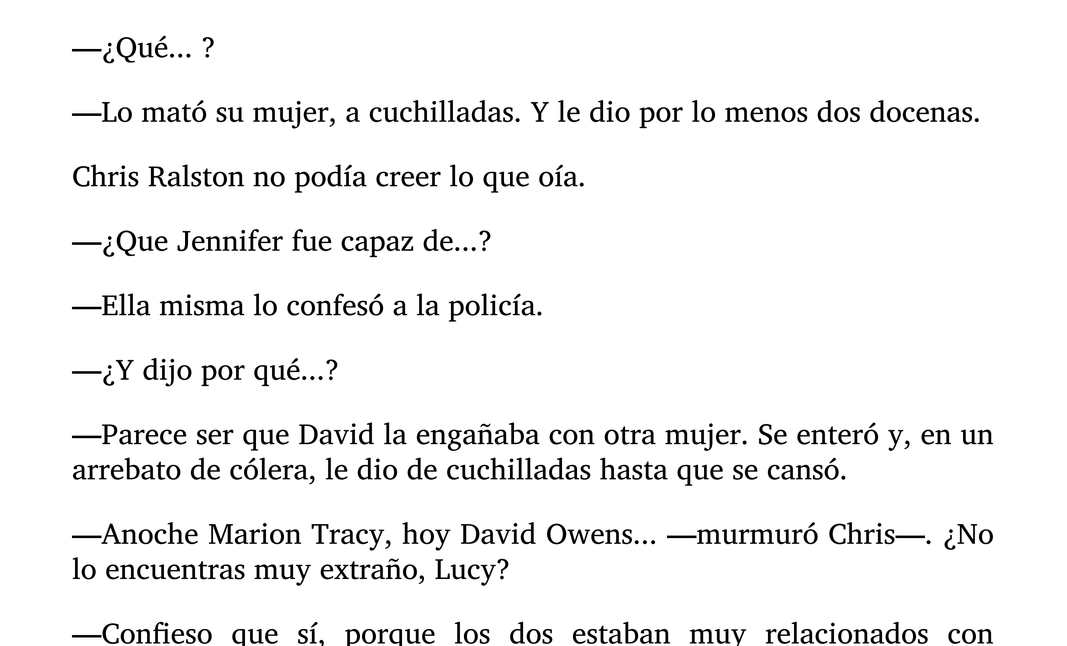
—Lucy...

—Ya sé que no son las siete y media, pero tenía que venir —dijo la periodista, nerviosa.

—¿Qué ha pasado?

—Algo terrible, Chris.

—Cuenta.



—David Owens ha muerto.

—¿Qué… ?

—Lo mató su mujer, a cuchilladas. Y le dio por lo menos dos docenas.

Chris Ralston no podía creer lo que oía.

—¿Que Jennifer fue capaz de…?

—Ella misma lo confesó a la policía.

—¿Y dijo por qué…?

—Parece ser que David la engañaba con otra mujer. Se enteró y, en un arrebato de cólera, le dio de cuchilladas hasta que se cansó.

—Anoche Marion Tracy, hoy David Owens… —murmuró Chris—. ¿No lo encuentras muy extraño, Lucy?

—Confieso que sí, porque los dos estaban muy relacionados con Robert Sullivan.

—Y Robert Sullivan tiene en su casa a una hermosa rubia llamada Deborah, que llegó desnuda y no recuerda nada, ni siquiera su apellido.

La periodista no se atrevió a hacer ningún comentario.

Chris apretó los puños y dijo:

—Es «lady» Deborah Marley, Lucy, que ha vuelto a la vida, más perversa y más diabólica que nunca.

CAPITULO VIII

El «Talbot» de Chris Ralston circulaba en dirección a la casa de Robert Sullivan, cuando apenas faltaban quince minutos para las ocho.

El escritor conducía con manos firmes y seguras, lo cual contrastaba con el claro nerviosismo de Lucy Gardner.

A la periodista le temblaban las rodillas.

Y las manos, con cuyos dedos parecía estar haciendo una trenza.

Chris se dio cuenta de ello y detuvo el coche.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Lucy, extrañada.

—Necesitas tratamiento —dijo el escritor, posando sus manos en las caderas de la periodista.

La besó en los labios.

Ella no puso objeciones.

Tampoco las puso cuando Chris le acarició las piernas, que la abertura frontal de su vestido de noche le permitía exhibir con generosidad.

El escritor separó su boca de la de ella.

—¿Te sientes mejor, Lucy?

La periodista sonrió suavemente.

—Me gusta que me beses y me acaricies, Chris, pero eso no me quita el miedo. Y tengo mucho, ¿sabes?

—Nosotros no tenemos nada que temer, Lucy.

—¿Estás seguro?

—«Lady» Deborah quiere casarse con Robert Sullivan porque necesita un apellido nuevo. Por eso sospecho que tuvo algo que ver en el extraño suicidio de Marion Tracy. Le convenía eliminarla. En cuanto a David Owens...

—¿Por qué lo eliminó a él?

—«Lady» Deborah es una mujer muy ambiciosa, Lucy. Ya debe saber lo importante que es «London Ediciones». A Robert Sullivan sólo le pertenece una tercera parte del negocio, y eso debe parecerle poco a «lady» Deborah. Ella quiere que la Editorial pertenezca exclusivamente a Robert Sullivan. Que no tenga socios.

La periodista tuvo un estremecimiento.

—Si estás en lo cierto, Trevor Borex corre también peligro...

—Me temo que sí, Lucy. Y si «lady» Deborah elimina a Borex, el que correrá peligro, entonces, será Sullivan.

—¿Sullivan...?

—Sí, porque «lady» Deborah querrá eliminarlo también. Después de la boda, claro. De esa manera, pasará a ser la dueña exclusiva de «London Ediciones». Se convertirá en una viuda joven y rica, lo que le permitirá tener infinidad de pretendientes. Pero ella no aceptará por marido a ninguno. Se limitará a divertirse con ellos. Se acostará con todos, porque es una mujer ardiente y sensual, pero seguirá siendo la viuda de Robert Sullivan.

—Deberíamos acudir a la policía, Chris.

El escritor sacudió la cabeza.

—Se reirán de nosotros, Lucy. No creerían que «lady» Deborah Marley se ha reencarnado. Que ha vuelto a la vida después de llevar doscientos años muerta. La policía no cree en esas cosas. Tendríamos que presentarles pruebas irrefutables. Y no las tenemos, por el momento. Sólo tenemos sospechas. Para la policía, Marion Tracy se suicidó, cortándose las venas, y David Owens fue acuchillado por su esposa, porque la engañaba con otra mujer. Y nosotros no podemos demostrar que «lady» Deborah tuvo algo, o mucho, que ver en esas dos muertes.

—Tienes razón —reconoció la periodista—. Ni yo misma me acabo de creer que un ser pueda reencarnarse después de doscientos años enterrado. Que suceda en las novelas de terror, bien, pero en la vida real...

—También sucede, Lucy, te lo aseguro.

—No seré yo quien lo discuta, después de lo sucedido.

—Pero la policía sí lo discutiría, así que no vamos a recurrir a ella, por ahora.

—Estoy de acuerdo.

Chris le acarició de nuevo las piernas.

—¿Te has tranquilizado ya, Lucy?

—Necesito otro beso.

—Puedo llegar hasta la media docena, si quieres.

—Llegaríamos tarde.

—Si no son muy largos los besos…

—De acuerdo, empieza —sonrió la periodista.

Chris se apresuró a besarla.

A las ocho menos dos minutos, Chris Ralston detenía su «Talbot» frente a la casa de Robert Sullivan.

—Vamos, Lucy —apremió el escritor, saliendo del coche.

La periodista descendió también del vehículo.

Se acercaron a la puerta y Chris pulsó el timbre.

Abrió Robert Sullivan.

Su expresión no había cambiado.

—Hola, Chris.

—Esta es la amiga de quien te hablé, Robert. Se llama Lucy.

Sullivan le tendió la mano.

—Me alegro de conocerte, Lucy.

—Lo mismo digo, señor Sullivan —respondió la periodista, estrechándole la diestra. Ralston carraspeó.

—Me he enterado de lo de David Owens, Robert.

—Terrible.

—¿Cómo es posible que Jennifer pudiera…?

—No lo sé. El caso es que lo hizo.

—Ha sido un día negro.

—Sí, muy negro. Pero, pasad, no os quedéis ahí. Ya tendremos tiempo de hablar durante la cena.

Chris y Lucy entraron en la casa.

Robert Sullivan los hizo pasar al salón.

Allí estaba la fascinante Deborah.

Sentada en el sofá.

Lucía un precioso vestido de noche, con mucho escote y abierto por los lados. Estaba radiante de belleza.

Robert le había conseguido un montón de ropa aquella misma mañana, en unos grandes almacenes.

Chris y Lucy se quedaron parados al verla.

Se fijaron en su frondosa cabellera rubia, en sus felinos ojos, en su sensual boca, en su exuberante cuerpo…

El escritor ya no tuvo ninguna duda.

Aquella turbadora mujer, era «lady» Deborah Marley.

El diabólico personaje de la leyenda.

Había vuelto a la vida.

Se había reencarnado después de doscientos años.

Lucy tampoco tuvo ninguna duda ya, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su nerviosismo y su miedo.

Chris se puso también ligeramente nervioso, no pudo evitarlo, porque los ojos de gata de la subyugante Deborah se habían clavado en su rostro como dardos y parecían atravesarle la carne.

Llegar hasta su cerebro.

Adivinar sus pensamientos.

Robert Sullivan sonrió y dijo:

—Esta es Deborah, Chris.

—Es aún más hermosa de lo que me dijiste, Robert.

«Lady» Deborah se puso en pie y se acercó, con una cautivadora sonrisa.

—Sentía deseos de conocerle, señor Ralston. Robert me ha hablado muy bien de usted.

—Yo también deseaba conocerla, Deborah —respondió Chris, estrechando la cálida mano de aquel demonio de mujer.

—¿Me presenta a su amiga...?

—Se llama Lucy.

—Encantada, Lucy.

—Lo mismo digo, Deborah —respondió la periodista, hecha un manojo de nervios.

—¿Pasamos al comedor, Robert...? —sugirió la hermosa rubia.

—Sí, vamos—respondió Sullivan.

Estaban cenando ya.

Lucy Gardner tenía dificultades para ingerir los alimentos, pero lo conseguía. Y eso que «lady» Deborah apenas se fijaba en ella, porque prácticamente no apartaba sus magnéticos ojos de Chris Ralston.

Se diría que le gustaba.

Y que haría muy gustosamente el amor con él.

Al menos, eso pensaba Lucy.

De pronto, Robert Sullivan preguntó:

—¿Sabes con quién engañaba David Owens a su mujer, Chris?

—No.

—Con mi secretaria.

Ralston respingó.

—¿Susie...?

—Sí. Aunque ella lo niega, claro. Después de lo sucedido, no puede admitirlo. Pero eso no ha evitado que la despida.

—Así que la has despedido... —murmuró el escritor.

—Tenía que hacerlo, compréndelo. En parte es responsable de la muerte de Owens.

—Me cuesta creer que Susie...

—Se veían tres o cuatro veces por semana.

—¿Cómo lo descubrió Jennifer?

—Recibió una llamada telefónica. Anónima, por supuesto. Era una mujer. Y la puso al corriente de todo.

Chris miró instintivamente a «Lady» Deborah.

—Es posible que la mujer mintiera, Robert.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Se me ocurren varias razones, pero no voy a exponerlas, para no aburrir a Deborah y a Lucy. Lo que sí haré, por la mañana, es visitar a Susie.

—¿Para qué? —preguntó Sullivan.

—Quiero hablar con ella, Robert.

—No servirá de nada, porque seguirá negando que tuviese relaciones íntimas con David Owens.

—Averiguaré la verdad.

«Lady» Deborah sonrió.

—¿Le gusta hacer de detective, señor Ralston... ?

—Sí, confieso que me encanta investigar. Y lo hago muchas veces, para conseguir información, que luego utilizo en mis novelas. No sé si se lo habrá dicho Robert, pero bastantes de mis relatos están basados

en hechos reales.

—Quizá ahí radique su éxito.

—Es posible.

—¿Qué está escribiendo en estos momentos, señor Ralston?

—Una historia basada en una antigua leyenda, cuyo personaje central, casualmente, se llama como usted.

—¿De veras... ?

—Sí, la protagonista se llama Deborah. «Lady» Deborah Marley, exactamente.

Lucy Gardner casi se atraganta tras las últimas palabras de Chris Ralston.

«Lady» Deborah, en cambio, no alteró lo más mínimo su expresión.

Lo único que hizo, fue acentuar el brillo de sus felinos ojos.

—«Lady» Deborah Marley, ¿eh?

—Sí.

—¿Y es muy terrorífica la historia...?

—Bastante.

—Me gustará leerla, cuando la termine.

—Le dedicaré un ejemplar.

—Qué amable.

Siguieron cenando.

Apenas un par de minutos después, «lady» Deborah se excusaba y se ausentaba del comedor.

Tenía algo que hacer.

Y quería hacerlo ya.

CAPITULO IX

Susie Caswell sollozaba amargamente, tumbada en el sofá del living de su apartamento. Se había quitado la ropa y se había puesto su bata, al llegar a casa, más pronto que de costumbre, porque no llegó a terminar su jornada laboral.

La habían despedido.

Y la habían despedido injustamente, porque no era cierto que ella mantuviese relaciones íntimas con David Owens. No era, por tanto, responsable de su muerte.

Se lo había jurado una y otra vez a Robert Sullivan, pero de nada sirvió, porque él se mostró inflexible y la echó a la calle.

Susie se sentía terriblemente desgraciada y no tenía ganas de nada.

Sólo de llorar.

Y había derramado tantas lágrimas, que tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

De repente, se escuchó un ruido.

La atractiva morenita interrumpió sus sollozos y miró hacia la puerta de su habitación, porque el ruido pareció proceder de allí.

La puerta se hallaba entornada.

Susie se levantó silenciosamente del sofá y se cerró mejor la bata, porque no sólo enseñaba sus bonitas piernas, sino también casi todo el busto.

Mientras estuvo echada en el sofá, no le importó, porque estaba sola en su apartamento y nadie podía verla. Ahora, sin embargo, ya no estaba tan segura de encontrarse sola en casa.

El ruido que había escuchado…

Podía haber alguien en su dormitorio.

Pero, ¿quién?

Decidida a averiguarlo, Susie avanzó hacia allí.

Alcanzó el dormitorio y empujó la puerta, abriéndola lo suficiente como para poder asomar la cabeza por el hueco.

Lo hizo, pero no vio a nadie.

¿Se habría escondido en el baño…?

¿Habría sido el ruido producto de su imaginación…?

Con el fin de salir de dudas, Susie acabó de abrir la puerta y entró en su dormitorio. Fue hacia el cuarto de baño, ahogando sus pisadas.

La puerta del baño estaba cerrada.

Repentinamente, sin embargo, se abrió y alguien salió de él.

Susie dio un chillido, al tiempo que saltaba hacia atrás, horrorizada.

Y no era para menos.

¡El hombre que había salido del cuarto de baño, era David Owens…!

¿Cubierto de sangre!

¡Lleno de heridas!

¡Las que le causara su mujer, con el cuchillo!

El muerto miró a la ex secretaria de Robert Sullivan.

Después, avanzó hacia ella, con los brazos extendidos, como anunciando que tenía intención de atraparla.

Susie chilló de nuevo y retrocedió hacia la puerta, absolutamente aterrorizada.

De pronto, escuchó un portazo a sus espaldas.

Susie se volvió en el acto, descubriendo a Jennifer, la esposa de David Owens.

¡Había entrado en la habitación!

¡Era ella quien había cerrado la puerta de golpe!

¡Y empuñaba un cuchillo, manchado de sangre!

¡El cuchillo que utilizara para asesinar a su marido...!

Susie Caswell, totalmente dominada por el pánico, fue hacia la ventana del dormitorio.

No es que pensara escapar por allí, porque era imposible.

El apartamento se hallaba en la quinta planta del edificio.

Y no se puede saltar a la calle desde un quinto piso.

A menos que uno quiera matarse, claro.

Si Susie fue hacia la ventana, es porque David Owens y su esposa le cortaban los otros caminos.

David quería atraparla; Jennifer, soltarle unas cuantas cuchilladas.

La aterrada Susie no pudo retroceder más.

Había llegado a la ventana.

Menos mal que estaba cerrada, porque si no hubiera podido caerse por ella.

Con ojos espantados, vio aproximarse lentamente a David Owens y su esposa.

—¡Nooooooo...! —chilló, sin saber cuál de los dos le inspiraba un mayor terror David, porque ella sabía que estaba muerto.

Y Jennifer, porque su expresión era de lo más siniestra.

Realmente diabólica.

Los dos estaban ya muy cerca de Susie.

David estaba a punto de atraparla con sus manos rígidas y ensangrentadas. Y Jennifer, de soltarle la primera cuchillada en el pecho y partirle el corazón.

Susie no pudo resistir más y, loca de terror, abrió la ventana bruscamente y se lanzó por ella, emitiendo un grito espeluznante.

Su cuerpo se estrelló contra el suelo y allí quedó, desmadejado.

Roto.

Sin vida.

El terrible impacto la había matado en el acto.

Deborah Marley regresó al comedor, con un brillo de triunfo en sus rasgados ojos. Se sentó en su silla y siguió cenando tranquilamente.

Chris Ralston y Lucy Gardner cambiaron una mirada.

Los dos se preguntaban adonde habría ido «lady» Deborah y qué habría hecho en los minutos que había permanecido ausente.

Robert Sullivan, en cambio, parecía no preguntarse nada. Su expresión no se alteraba. Seguía siendo igual de rara. De extraña.

Para Chris, Robert se hallaba bajo la influencia de «lady» Deborah.

Totalmente dominado por ella.

El escritor carraspeó ligeramente y dijo:

—Robert me contó que ha perdido usted la memoria, Deborah.

—Efectivamente —asintió la rubia.

—¿Sigue sin recordar nada?

—Así es.

—¿No cree que debería verla un médico...?

—Esperaré unos días más, y si no recobro la memoria, haré que me examine un doctor.

—Perder la memoria temporalmente, no es tan raro —intervino Sullivan—. Les ocurre a muchas personas.

—Pero es que Deborah, además de la memoria, perdió toda la ropa —recordó Ralston— . Y eso sí que es extraño, Robert.

—Afortunadamente, ya no la necesito —dijo «lady» Deborah—. Robert me ha regalado un vestuario completo.

—Así es —sonrió Sullivan.

Chris no quiso insistir, para no despertar las sospechas de «lady» Deborah.

Una hora después, y tras haber tomado sendas copas de licor en el salón, Chris y Lucy se despedían de Robert Sullivan y Deborah Marley, y abandonaban la casa.

Se introdujeron en el «Talbot» y el escritor lo puso en marcha.

Cuando ya se alejaban, Chris dijo:

—Es ella, Lucy. «Lady» Deborah Marley.

—¿Estás seguro, Chris?

—¿Te fijaste en sus ojos?

—Los tiene felinos, como tú decías.

—Y peligrosos, Lucy. Cuando le dije que estaba escribiendo la historia de «lady» Deborah Marley, brillaron intensamente.

—No debiste decírselo, Chris.

—Me lo preguntó.

—Casi me atraganté, por tu culpa.

Ralston rió.

—No pasó nada, ya lo viste.

—Pero «lady» Deborah se ausentó unos minutos, después de tu revelación.

—Es cierto.

—¿Adónde crees que iría?

—Al baño, probablemente.

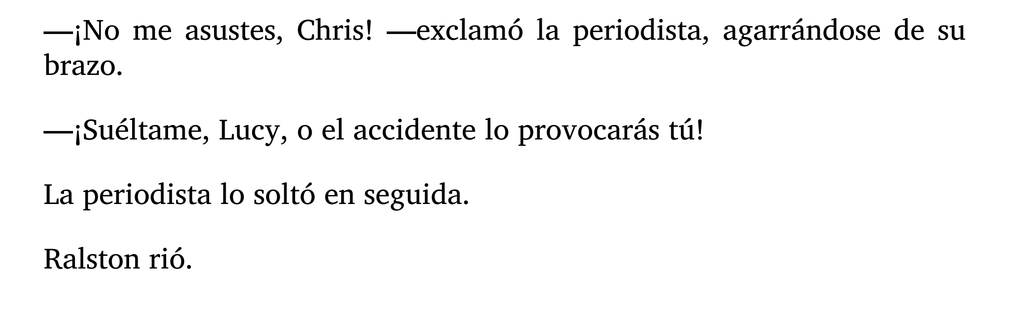
—No tenía cara de estar meándose.

El escritor volvió a reír.

—Qué cosas tienes, Lucy.

—Juraría que fue a hacer algo malo.

—Esperemos que no lo hiciera en nuestro coche, para provocar el accidente.



—¡No me asustes, Chris! —exclamó la periodista, agarrándose de su brazo.

—¡Suéltame, Lucy, o el accidente lo provocarás tú!

La periodista lo soltó en seguida.

Ralston rió.

—Lo de manipular el coche, para provocar el accidente, lo dije en broma «Lady» Deborah no intentará nada contra nosotros, puedes estar tranquila. No sabe que sospechamos de ella.

—Creo que tú le gustas, Chris.

—¿A «lady» Deborah…?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma en que te miraba. Te estaba llevando a la cama con los ojos.

—Si me lo propone, no le diré que no.

—¿Qué quieres, ponerme celosa? —gruñó Lucy.

Chris rió otra vez, pero la risa se le cortó en seco a los pocos segundos, porque acababa de ocurrir algo tan increíble, que sólo podía ser cosa de «lady» Deborah Marley.

CAPITULO X

Lucy Gardner creyó morirse de espanto.

¡El volante del «Talbot» de Chris Ralston se había convertido en una serpiente enrollada!

¡Una serpiente viva!

¡Eso último estaba fuera de toda duda, porque el reptil había levantado la cabeza al sentir las manos del escritor en su cuerpo, apretándolo como antes apretara el volante!

Chris, aunque no tenía nada de cobarde, se apresuró a soltar a la serpiente, porque ésta amenazaba con morderle.

¡Le enseñaba los dientes!

¡Y su bífida lengua!

Lucy dio un agudo chillido de terror.

—¡Chris…!

El escritor se dijo que tenía que reaccionar con celeridad, porque su coche, al rodar sin control alguno, podía salirse de la carretera y estrellarse contra un árbol.

O algo peor.

Chris, demostrando su valor, agarró a la serpiente y la arrojó velozmente por la ventanilla, antes de que pudiera morderle.

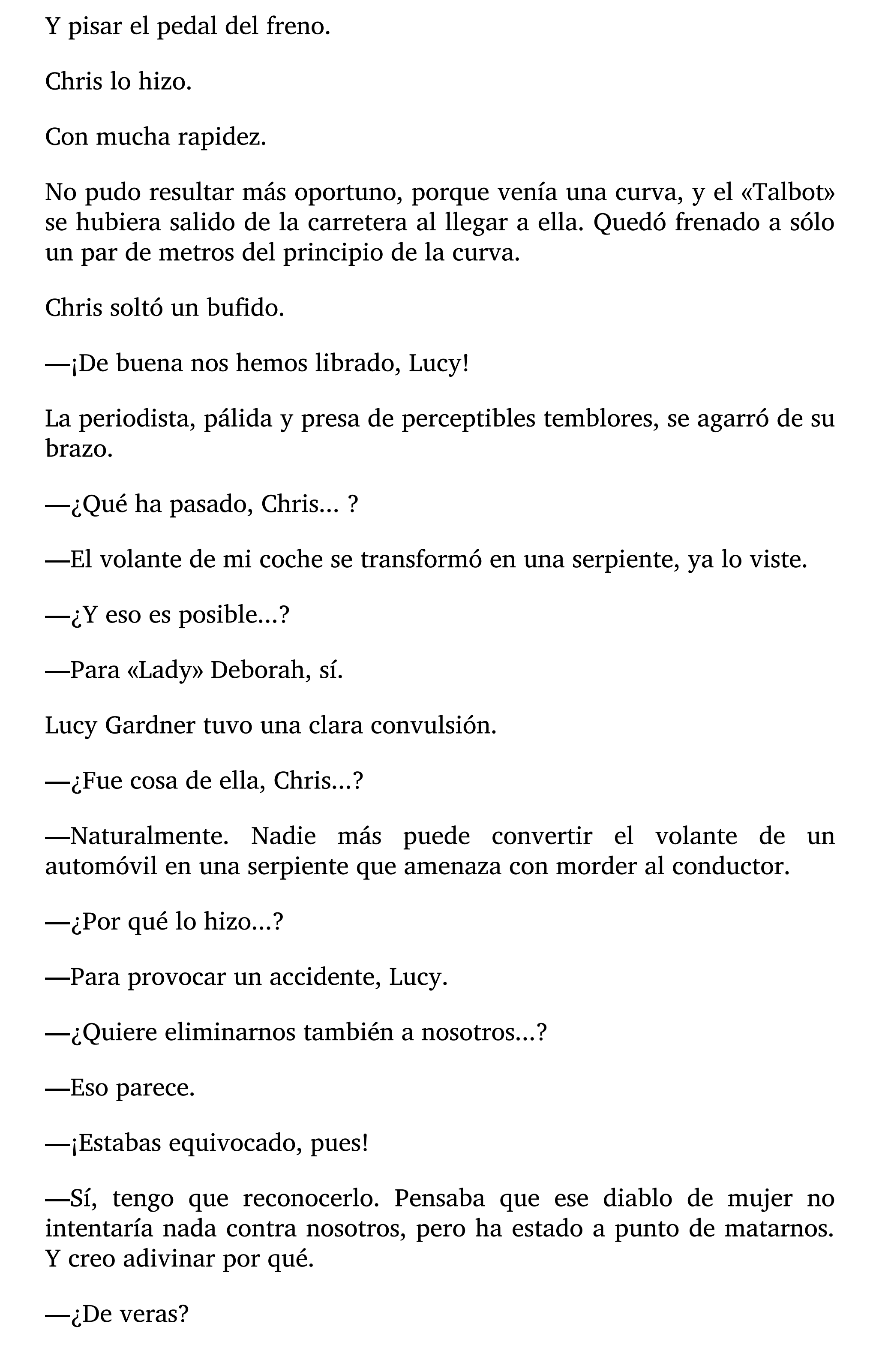
Lucy lanzó un suspiro de alivio.

El peligro, sin embargo, continuaba, porque el «Talbot» seguía sin volante.

Y, sin volante, era imposible controlarlo.

Pero se podían hacer otras cosas.

Reducir la velocidad, por ejemplo.



Y pisar el pedal del freno.

Chris lo hizo.

Con mucha rapidez.

No pudo resultar más oportuno, porque venía una curva, y el «Talbot» se hubiera salido de la carretera al llegar a ella. Quedó frenado a sólo un par de metros del principio de la curva.

Chris soltó un bufido.

—¡De buena nos hemos librado, Lucy!

La periodista, pálida y presa de perceptibles temblores, se agarró de su brazo.

—¿Qué ha pasado, Chris... ?

—El volante de mi coche se transformó en una serpiente, ya lo viste.

—¿Y eso es posible...?

—Para «Lady» Deborah, sí.

Lucy Gardner tuvo una clara convulsión.

—¿Fue cosa de ella, Chris...?

—Naturalmente. Nadie más puede convertir el volante de un automóvil en una serpiente que amenaza con morder al conductor.

—¿Por qué lo hizo...?

—Para provocar un accidente, Lucy.

—¿Quiere eliminarnos también a nosotros...?

—Eso parece.

—¡Estabas equivocado, pues!

—Sí, tengo que reconocerlo. Pensaba que ese diablo de mujer no intentaría nada contra nosotros, pero ha estado a punto de matarnos. Y creo adivinar por qué.

—¿De veras?

—No quiere que escriba la novela sobre ella.

—¡Fue un error decírselo, Chris!

—Sí, no debí hablarle de ello. Aunque, gracias a que lo hice, ahora tenemos la total certeza de que esa mujer es «lady» Deborah Marley, porque nos ha dado una buena muestra de su terrible poder.

—¡Y nos dará más!

—Me temo que sí —suspiró el escritor.

—¡Vayamos a la policía, Chris!

Ralston movió la cabeza.

—Seguimos sin pruebas, Lucy. Porque, evidentemente, un «Talbot» sin volante no es una prueba contra «lady» Deborah.

—¡Pero necesitamos protección!

—La tenemos, Lucy.

—¿Qué?

—Espera y verás.

Chris se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un objeto.

Lucy clavó los ojos en él.

—¿Qué es eso... ?

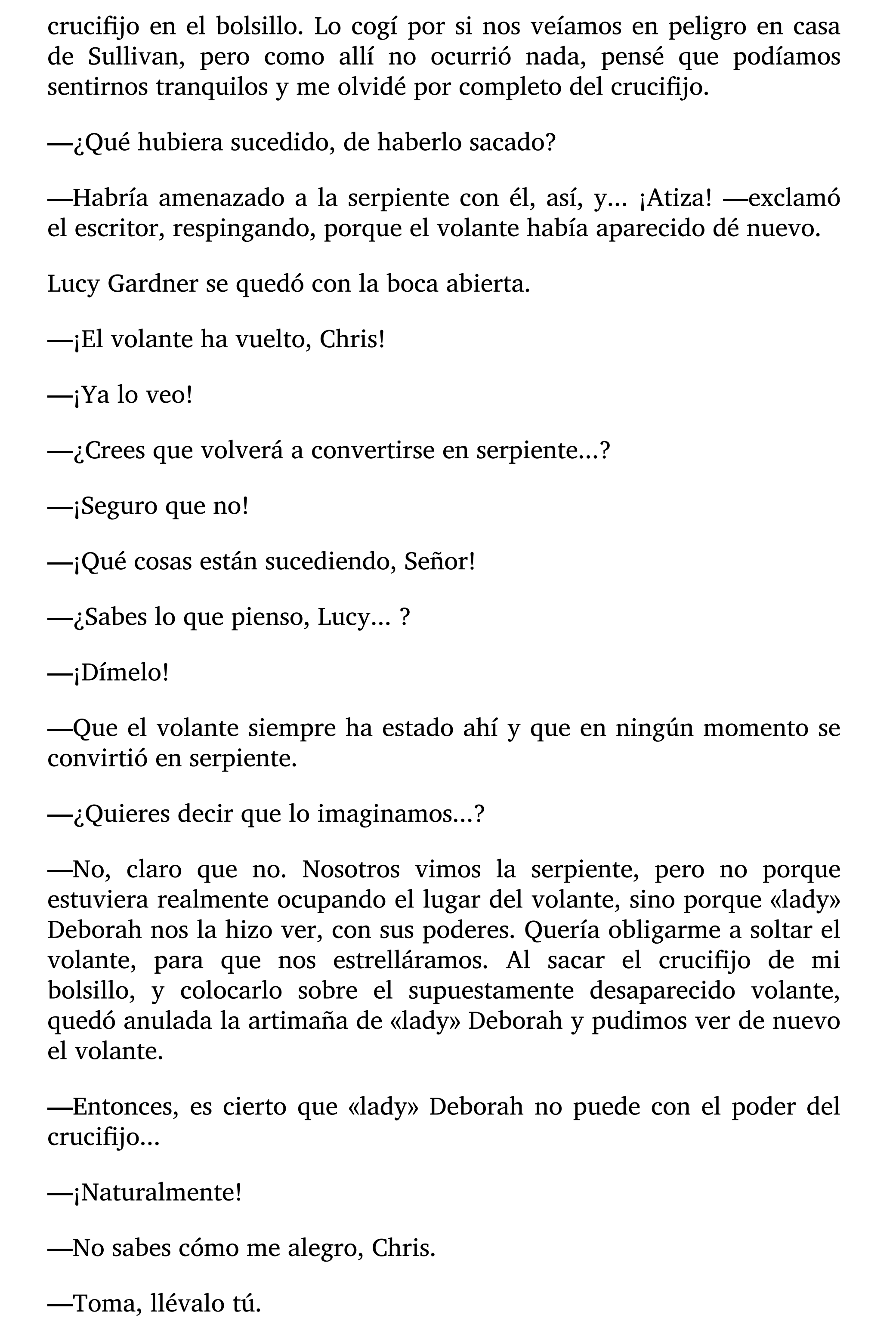
—Un crucifijo.

—¿Y esperas que un crucifijo detenga a...?

—Es lo único que puede defendernos de ella, te lo aseguro. Es el símbolo del Bien. Y «lady» Deborah Marley representa el Mal. Esa diabólica mujer puede con todo, menos con esto. Te lo demostraré cuando vuelva a atacarnos.

—¿Y por qué no lo sacaste cuando convirtió el volante en una serpiente...?

—Me pilló tan de sorpresa, que ni me acordé de que llevaba el



crucifijo en el bolsillo. Lo cogí por si nos veíamos en peligro en casa de Sullivan, pero como allí no ocurrió nada, pensé que podíamos sentirnos tranquilos y me olvidé por completo del crucifijo.

—¿Qué hubiera sucedido, de haberlo sacado?

—Habría amenazado a la serpiente con él, así, y... ¡Atiza! —exclamó el escritor, respingando, porque el volante había aparecido dé nuevo.

Lucy Gardner se quedó con la boca abierta.

—¡El volante ha vuelto, Chris!

—¡Ya lo veo!

—¿Crees que volverá a convertirse en serpiente...?

—¡Seguro que no!

—¡Qué cosas están sucediendo, Señor!

—¿Sabes lo que pienso, Lucy... ?

—¡Dímelo!

—Que el volante siempre ha estado ahí y que en ningún momento se convirtió en serpiente.

—¿Quieres decir que lo imaginamos...?

—No, claro que no. Nosotros vimos la serpiente, pero no porque estuviera realmente ocupando el lugar del volante, sino porque «lady» Deborah nos la hizo ver, con sus poderes. Quería obligarme a soltar el volante, para que nos estrelláramos. Al sacar el crucifijo de mi bolsillo, y colocarlo sobre el supuestamente desaparecido volante, quedó anulada la artimaña de «lady» Deborah y pudimos ver de nuevo el volante.

—Entonces, es cierto que «lady» Deborah no puede con el poder del crucifijo...

—¡Naturalmente!

—No sabes cómo me alegro, Chris.

—Toma, llévalo tú.

—¿Por qué?

—Yo tengo que conducir. Y quiero que el crucifijo esté a la vista.

—¿Estaremos más seguros así?

—Mucho más.

—Dámelo, entonces.

Lucy se hizo cargo del crucifijo y Chris puso el coche nuevamente en marcha.

Los dos estaban muy atentos, por si «lady» Deborah volvía a la carga, pero no ocurrió nada en el resto del trayecto.

Chris estacionó su coche frente al edificio en donde tenía su apartamento y dijo:

—Pasarás la noche conmigo, Lucy.

—De acuerdo.

El escritor sonrió.

—No te has hecho de rogar, ¿eh?

—Después de lo ocurrido, no dormiría sola ni por un millón de libras — aseguró la periodista.

CAPITULO XI

Trevor Borex tenía cuarenta y cinco años de edad, era de estatura media y complexión delgada. Se estaba dando una ducha, antes de meterse en la cama, porque necesitaba relajarse.

El día no había podido ser más nefasto.

Primero, la noticia del suicidio de Marion Tracy, la prometida de Robert Sullivan, justo una semana antes de la boda. Después, la muerte de David Owens, cosido a cuchilladas por Jennifer, su mujer, en un terrible ataque de cólera.

Trevor no entendía ni lo uno ni lo otro, y le dolía la cabeza, de tanto pensar en ello. Si su jaqueca no desaparecía con la relajante ducha, tendría que tomarse una aspirina, o no podría conciliar el sueño.

Agatha, su mujer, también pensaba en Marion Tracy y David Owens.

Se había acostado ya.

Contaba treinta y nueve años de edad, y no podía decirse que fuera una mujer guapa. Ni siquiera atractiva, porque tenía los ojos pequeños, la nariz demasiado larga, y los labios muy delgados.

También su cuerpo tenía bastante que desear, y ella lo sabía.

No era una mujer bien formada.

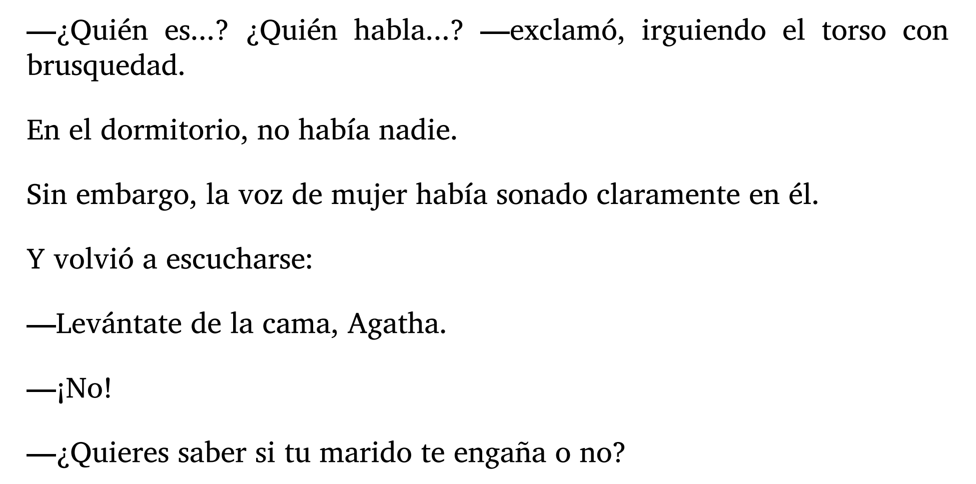
Nunca lo había sido, ni siquiera a los veinte años, así que menos podía serlo ahora, cuando estaba a punto de cumplir los cuarenta.

Desde que había sabido lo de David Owens, Agatha no paraba de preguntarse si también su marido la estaría engañando. Ella pensaba que no, pero tampoco hubiera sospechado que David Owens mantenía relaciones íntimas con Susie Caswell, la secretaria de Robert Sullivan, y sin embargo…

¿Cómo podría saber si Trevor le era fiel o no?

—Yo te lo diré, Agatha.

La esposa de Trevor Borex respingó en la cama.



—¿Quién es...? ¿Quién habla...? —exclamó, irguiendo el torso con brusquedad.

En el dormitorio, no había nadie.

Sin embargo, la voz de mujer había sonado claramente en él.

Y volvió a escucharse:

—Levántate de la cama, Agatha.

—¡No!

—¿Quieres saber si tu marido te engaña o no?

—Sí, pero...

—Entonces, obedéceme. Te prometo que lo averiguarás.

Agatha, muy asustada, no se movió de la cama.

—¿Por qué no puedo verte? ¿Dónde estás? Sólo oigo tu voz...

—No tengas miedo, Agatha. Soy una mujer. Quiero ayudarte.

—Pero...

—Por favor, haz lo que te digo.

Agatha se levantó de la cama.

Llevaba un camisón largo, muy bonito y muy caro, pero ni así estaba deseable.

Y es que, aunque la mona se vista de seda...

—Entra en el baño, Agatha —indicó la misteriosa voz.

La esposa de Trevor Borex caminó hacia allí.

No sabía negarse.

Su voluntad parecía controlada por la invisible mujer que le hablaba.

Agatha entró en el baño.

Trevor seguía bajo la ducha.

Su cuerpo desnudo se vislumbraba a través de la delgada cortina de plástico.

—Abre el armario y coge la navaja de afeitar de tu marido —dijo la voz.

Agatha obedeció.

Estaba totalmente dominada por la mujer a la que no veía.

Parecía un robot.

Trevor Borex, ajeno por completo al peligro que corría, seguía relajando sus nervios. De repente, la cortina fue retirada y Trevor descubrió a su mujer, esgrimiendo su navaja de afeitar, abierta, lista para soltar el primer tajo.

Trevor se quedó paralizado.

—Agatha… —pronunció, con un hilo de voz.

—Eres igual de cerdo que David Owens —dijo su mujer, con voz que no se parecía a la suya.

—¿Qué?

—Voy a hacer contigo lo mismo que Jennifer hizo con él.

Trevor sintió culebrear el pánico en sus huesos.

—¿De qué… de qué estás hablando, Agatha…? —tartamudeó.

—Me has estado engañando, Trevor.

—¿Yo… ?

—Sí, con otras mujeres, más jóvenes y más atractivas que yo.

—¡No es cierto!

—¡Confiésalo, puerco!

—¡Estás equivocada, Agatha!

—¡Yo te haré hablar!

Agatha movió la mano derecha y la navaja de afeitar produjo una herida en el muslo izquierdo de Trevor, haciendo brotar la sangre, que

resbaló rápidamente por la pierna.

Trevor dio un grito y se agarró el muslo.

—¡Has perdido la razón, Agatha!

—¡Y tú vas a perder la vida, como no confieses, rata asquerosa! —respondió su mujer, y le atacó de nuevo con la navaja de afeitar.

Le causó una segunda herida, ésta en el brazo.

Trevor volvió a gritar.

Agatha le cruzó el pecho con la navaja, aunque sin profundizar demasiado, porque todavía no quería acabar con la vida de su marido.

Trevor, al verse el pecho cubierto de sangre, se dejó caer de rodillas. El pánico debilitaba sus piernas y las hacía temblar, lo que le impidió sostenerse en pie.

—¡Te lo suplico, Agatha! —chilló, desesperado.

—¡No supliques, sanguijuela! —rugió su enloquecida esposa, y le causó una tremenda herida en el hombro derecho.

Trevor aulló.

Agatha se ensañó con él.

Le produjo varias heridas más.

Finalmente, le soltó un tajo en la garganta.

El más terrible de todos.

Lo degolló literalmente, haciendo brotar un torrente de sangre de su garganta.

Escasos segundos después, Trevor Borex era ya cadáver.

* * *

Chris Ralston y Lucy Gardner se encontraban ya en el dormitorio del escritor.

—Tendré que prestarte la chaqueta de mi pijama, ¿no? —dijo Chris, con una sonrisa.

—Sí, por favor —respondió la periodista.

—En seguida te la doy.

—Espero que el crucifijo me proteja también de ti, Chris.

Ralston rió.

—No soy ningún demonio, Lucy.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No te preocupes, no pienso violarte. Dormiremos en la misma cama, pero no pasará nada que tú no quieras que pase.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Veremos si la cumples.

Ralston le entregó la chaqueta del pijama.

—Puedes desvestirte en el baño.

—¿No será peligroso que nos separemos, Chris? Sólo tenemos un crucifijo...

—Tienes razón, es mejor que estemos juntos en todo momento. Me daré la vuelta, para que puedas desnudarte.

—No mires por el rabillo del ojo, ¿eh?

—Descuida.

Chris se dio la vuelta y Lucy se despojó del vestido, quedando en pantaloncitos, porque no llevaba sujetador. Se colocó la chaqueta del pijama del escritor y se la abrochó.

—Ya puedes volverte, Chris.

—Te viene un poco grande, ¿no?

—Mejor. Así me cubre más.

—Ahora me toca a mí,

—¿Tengo que darme la vuelta, también?

—No es necesario.

—Vale.

Chris se desvistió y quedó en slip.

Entonces, se puso el pantalón del pijama y dijo:

—Podemos acostarnos, Lucy.

—Te apuntaré con el crucifijo, por si acaso.

—¿Tanto miedo me tienes... ?

—Más que a «lady» Deborah.

Rieron los dos y se metieron en la cama Ralston acarició el rostro de la periodista.

—Buenas noches, Lucy —dijo, y le dio un cálido beso en los labios.

Ella lo miró.

—¿Eso es todo?

—No me atrevo a más, mientras me apuntes con el crucifijo.

La periodista lo puso debajo de la almohada.

—Ya no está —dijo, con maliciosa sonrisa.

Chris la abrazó.

—Me has perdido el miedo, ¿eh?

—Por completo.

Chris la besó con ganas.

Lucy puso también mucho de su parte en el beso.

En esos momentos, ninguno de los dos se acordaba de «lady» Deborah. Ella, sin embargo, no se había olvidado de ellos.

Y no tardaría demasiado en demostrárselo.

CAPITULO XII

Chris Ralston soltó uno a uno los botones de la chaqueta del pijama, para poder acariciar los senos de Lucy Gardner. Y lo hizo, sin dejar de besarla apasionadamente en los labios.

La periodista se estremeció dulcemente, acusando las caricias.

Chris separó su boca de la de ella y le contempló el busto, que seguía acariciando suave y hábilmente.

—Tienes unos pechos preciosos, Lucy.

—No son los de «lady» Deborah, pero me conformo —respondió la periodista, sonriendo.

—Ella los tiene más grandes, pero también más viejos.

—¿Viejos... ?

—Tienen más de doscientos años, no lo olvides.

Lucy se echó a reír.

—¡Es verdad!

Chris rió también y agachó la cabeza, para besar los hermosos senos de la periodista.

Ya casi los rozaba con sus labios, cuando ocurrió algo espantoso.

¡El pecho de Lucy Gardner empezó a llenarse de llagas!

¡Unas llagas profundas!

¡Horribles!

¡Pestilentes, a causa del pus que segregaban!

Chris se retiró de un salto, estremecido de horror.

—¡Dios santo! —exclamó.

Lucy soltó una carcajada de demente.

—¿Ya no deseas besar mis pechos, Chris...?

El escritor la miró.

Y aún se horrorizó más.

¡El rostro de la periodista estaba cubierto también de espantosas úlceras!

¡Lucy ya no parecía una mujer!

¡Parecía un monstruo...!

La periodista incorporó su ahora repugnante y horroroso torso y alargó sus manos hacia el escritor.

—¡Abrázame, Chris! ¡Y bésame!

—¡No...! —chilló Ralston, saltando de la cama.

La transformada Lucy rió de nuevo de una manera anormal.

—¡No me rechaces, cariño! ¡Besa mi boca, acaricia mis pechos, bésalos también! Ralston la miraba con ojos desorbitados.

Las manos de la periodista estaban asimismo llenas de horripilantes llagas.

Lucy se puso en pie, aunque por el momento no descendió de la cama.

Chris se fijó en sus piernas.

Se habían cubierto también de estremecedoras úlceras, desde las ingles hasta los tobillos.

A pesar del horror que sentía, el escritor fue capaz de razonar.

Y no tardó en llegar a la conclusión de que aquello era obra de la diabólica «lady» Deborah.

¡Ella había llenado el cuerpo de Lucy de horribles llagas!

¡Ella había trastornado su mente!

¡Ella la hacía reír y hablar como una loca!

Ralston apretó los puños con rabia.

—¡Maldita! —rugió.

—¡Ven, Chris! ¡Haz el amor conmigo! ¡No sabes cómo te deseo! —dijo Lucy, tendiéndole los brazos.

Ralston decidió recurrir al crucifijo, que seguía oculto bajo la almohada.

La periodista le adivinó la intención y se plantó sobre la almohada de un salto.

—¡Olvídate de lo que hay aquí, bajo la almohada!

—¡Es lo único que puede salvarte, Lucy!

—¡No permitiré que lo cojas!

—¡Lo cogeré, aunque tenga que derribarte!

—¡Inténtalo!

Chris trató de apartarla de la almohada, pero recibió una patada en la cara y cayó al suelo.

Y es que la patada no se la había dado Lucy, con su pequeño y gracioso pie desnudo, sino una mula rabiosa, con su dura pezuña.

Eso, al menos, le pareció al escritor, que lo había coceado una mula furiosa.

Y volvió a pensar en «lady» Deborah.

Ella proporcionaba esa increíble fuerza a Lucy, con sus demoníacos poderes.

Chris se incorporó, sangrando por la comisura de la boca.

Tendría que andarse con mucho cuidado, porque si Lucy lo dejaba inconsciente de una patada, no sólo quedaría a su merced, sino a la de «lady» Deborah, que utilizaría a la periodista para acabar con él, con toda seguridad.

Lucy soltó una carcajada burlona.

—¿Te ha gustado el golpe, cariño...?

—Mucho.

—¡Pues toma otro!

Lucy disparó la pierna de nuevo, pero Chris burló el golpe y aferró la extremidad inferior de la periodista, venciendo la repugnancia que las horribles llagas le producían.

Con un brusco movimiento, el escritor hizo caer a Lucy Gardner de la cama Y, mientras la periodista rodaba por el suelo, maldiciendo como un pirata, Chris levantó la almohada y tomó el crucifijo.

Lucy dejó de dar vueltas, pero no pudo levantarse, porque Chris la estaba apuntando ya con el crucifijo, empuñándolo con firmeza.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió la periodista, al tiempo que sufría una violenta contracción.

Chris sabía que no era Lucy quien le maldecía, sino «lady» Deborah, por su boca, y se acercó aún más a la periodista, con el crucifijo por delante.

Lucy tuvo una contracción, aún más terrible que la anterior, y quedó muy quieta, con los ojos cerrados, aparentemente desvanecida.

Chris no se fió, por si acaso, y esperó, sin dejar de apuntarla con el crucifijo.

De pronto, las espantosas llagas que llenaban el cuerpo de Lucy Gardner empezaron a desaparecer, hasta que no quedó ni rastro de ellas.

La periodista volvía a tener un rostro bonito, unos pechos preciosos, y unas piernas maravillosas.

Era la Lucy de antes.

«Lady» Deborah había vuelto a fracasar.

Lucy Gardner abrió los ojos.

Ya no estaba tirada en el suelo, sino acostada en la cama

Chris Ralston la había tomado en brazos y depositado en ella, sentándose él a su lado, con el crucifijo en las manos.

La periodista lo miró, extrañada.

—¿Qué ha pasado, Chris... ?

—¿No lo recuerdas?

—Recuerdo que me besabas y me acariciabas, nada más.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Fue horrible, Lucy.

—¿Qué ocurrió, Chris?

—Es preferible que no te lo cuente.

La periodista se estremeció.

—¿«Lady» Deborah... ?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, por terrible que fuera.

Chris se lo contó.

Lucy se horrorizó tanto, que faltó un pelo para que volviera a desvanecerse. Se miró el pecho, las manos, las piernas, temiendo hallar algún rastro de las espantosas llagas.

—¡Qué espanto!

—Estás limpia, Lucy, no temas. El crucifijo borró totalmente las horrorosas úlceras.

—¡Ahora debes sentir asco de mí!

—No digas eso.

—¡No podrás olvidar lo que viste, estoy segura! ¡Recordarás mi cuerpo lleno de llagas y te dará repugnancia besarme, tocarme, abrazarme!

Ralston sonrió.

—Te demostraré que estás equivocada —dijo, y la besó en los labios, sin prisas.

Le acarició los muslos.

Y los senos.

Y para que Lucy no tuviera ninguna duda, deslizó su boca por la garganta femenina y le besó en los pechos, una y otra vez.

La periodista empezó a olvidar lo sucedido.

El horror iba desapareciendo, expulsado de su cuerpo por el delicioso placer que Chris Ralston sabía proporcionarle con sus besos y sus caricias.

Lucy le cogió la cabeza y la apretó contra su pecho desnudo.

—Chris… —murmuró, cerrando los ojos. El escritor levantó la cabeza y la miró.

—¿Te has convencido, Lucy?

Ella abrió los ojos de nuevo y le sonrió.

—Eres un hombre maravilloso, Chris.

—Tú sí que eres maravillosa.

—Puedes hacerme el amor, si quieres.

—No deseo otra cosa.

—Yo también lo deseo, Chris —confesó la periodista, y le besó.

Ralston la abrazó con fuerza.

Si «lady» Deborah lo permitía, dentro de unos minutos estarían haciendo el amor

CAPITULO XIII

Esta vez, «lady» Deborah Marley no intervino.

Y no volvió a hacer uso de sus maléficos poderes en toda la noche.

Contra Chris Ralston y Lucy Gardner, al menos.

Se debió, naturalmente, a que el escritor y la periodista contaban con la protección del crucifijo, en todo momento visible. Y «lady» Deborah no podía con el símbolo del Bien.

Tendría que aprovechar un descuido de Chris y Lucy, como el que tuvieran cuando la periodista oculto el crucifijo debajo de la almohada, para, siguiendo la broma del escritor, permitir que éste hiciera algo más que darle un cálido beso y las buenas noches.

Pero, como Chris y Lucy no habían vuelto a descuidarse, amaneció sin que hubieran tenido que hacer frente de nuevo a los peligros que podía enviarles «lady» Deborah.

Lo primero que hicieron, aquella mañana, fue acudir al apartamento de Susie Caswell, la ex secretaria de Robert Sullivan, con la que el escritor tenía mucho interés en hablar.

No pudo hacerlo, claro.

El portero del edificio les informó de la muerte de Susie Caswell, ocurrida la noche pasada, al lanzarse por la ventana de su dormitorio, en bata.

O caerse por ella.

Para el portero, fue un suicidio.

Y para la policía, también.

Un suicidio motivado por la muerte de David Owens, el supuesto amante de Susie, y el consiguiente despido de la joven por parte de Robert Sullivan.

De nuevo en el «Talbot» del escritor, éste rechazó:

—No creo que Susie se suicidara, Lucy.

—Yo tampoco —respondió la periodista.

—Fue cosa de «lady» Deborah.

—Seguro.

—Pobre Susie. Me consta que era inocente. Que no mantenía relaciones íntimas con David Owens. Todo formaba parte de un plan ideado por ese demonio de «lady» Deborah.

—Tú querías hablar con ella, para averiguar la verdad. Y «lady» Deborah lo evitó, obligando a Susie a arrojarse por la ventana de su dormitorio.

Chris Ralston apretó las mandíbulas.

—Para eso se ausentó del comedor, Lucy. Para acabar con Susie. La hora coincide.

—Ya te dije que «lady» Deborah se levantó de la mesa para hacer algo malo, Chris — recordó la periodista.

El escritor puso el coche en marcha.

—¿Adónde vamos ahora, Chris? —preguntó Lucy.

—A hablar con Robert Sullivan —respondió Ralston.

En cuanto llegaron a las oficinas de «London Ediciones», Chris Ralston y Lucy Gardner se enteraron de la muerte de Trevor Borex, asesinado la noche pasada por Agatha, su mujer, con su propia navaja de afeitar, cuando se estaba duchando.

Agatha había dicho a la policía que su marido la engañaba, y que por eso lo había matado, en un ataque de ira. Y no se arrepentía en absoluto de haberlo hecho.

Chris y Lucy intercambiaron una mirada, estremecidos.

Ellos sabían la verdad.

Agatha no había asesinado a Trevor porque lo creyera un adúltero, sino porque la perversa «lady» Deborah la obligó a ello, con su diabólico poder.

Robert Sullivan se había quedado sin socios.

Era el dueño absoluto de «London Ediciones».

Lo que quería «lady» Deborah.

Y en cuanto se casase con Robert…

Chris cogió de la mano a Lucy y tiró de ella.

—Vamos —dijo, llevándola hacia el despacho de Robert Sullivan.

Entraron en él.

Robert Sullivan estaba sentado en su sillón, con la misma extraña expresión del día anterior, por lo que Chris Ralston adivinó que seguía bajo la influencia de «lady» Deborah.

En realidad, ya lo esperaba.

Para que el plan de «lady» Deborah funcionara, tenía forzosamente que seguir dominando la voluntad de Robert Sullivan, pero Chris sabía cómo acabar con dicho control mental.

O creía saberlo, al menos.

El escritor se dispuso a poner en práctica su método.

—¿Te importaría ponerte en pie, Robert? —dijo.

Sullivan se levantó del sillón.

—¿Qué pretendes, Chris?

—¡Curarte! —respondió Ralston, y le soltó un trallazo con la derecha.

Fue un golpe tremendo.

Si sería duro, que Robert Sullivan perdió el sentido.

Y de eso se trataba, precisamente.

Lucy Gardner emitió un gritito de sorpresa, mientras Robert Sullivan se desplomaba.

—¿Por qué le has pegado, Chris…? —preguntó, cuando ya Sullivan yacía en el suelo, sin conocimiento.

—Tenía que hacerlo, Lucy. Cuando Robert despierte, podrá pensar y hablar por sí mismo —aseguró el escritor.

—¿Quieres decir que ya no estará dominado por «lady» Deborah...?

—Exacto.

Chris se arrodilló junto a Robert y lo zarandeó.

Después, le palmeó las mejillas.

—¡Despierta, Robert!

Sullivan empezó a recobrarse.

—Chris... —murmuró, cuando abrió los ojos.

Ralston sonrió, porque la expresión de Sullivan había cambiado totalmente.

—Te he librado de la influencia de «lady» Deborah, Robert.

—¿«Lady» Deborah... ?

—Ponte en pie, Robert. Tenemos que hablar largo y tendido —dijo el escritor, ayudándole a incorporarse.

Chris Ralston le había contado a Robert Sullivan todo lo que sabía sobre «lady» Deborah Marley, asombrándolo. Especialmente, con lo de la reencarnación de aquel diabólico ser.

Sullivan, por su parte, reconoció no haber roto su compromiso con Marion Tracy, lo que confirmó las sospechas de Ralston de que «lady» Deborah había tenido mucho que ver en la muerte de Marion.

—La mató ella, Robert. Como a David Owens. Como a Susie Caswell. Como a Trevor Borex. «Lady» Deborah es la responsable de todas esas muertes. Y lo hubiera sido también de la mía y la de Lucy, de no haber sabido defendernos de ella. El crucifijo nos salvó.

Sullivan, dominado por la ira, preguntó:

—¿Podremos acabar con ese diablo de mujer de alguna manera, Chris?

—Creo que sí, Robert.

—Tú eres un experto en el tema. Sabes más que nadie de fantasmas, de espíritus malignos, de brujos, de seres diabólicos reencarnados, y todo lo demás. ¡Tienes que hallar el modo de destruir a esa

endemoniada mujer!

Chris sonrió.

—La destruiremos, Robert. Te lo prometo.

«Lady» Deborah Marley, envuelta en una ligera bata, se estaba sirviendo una copa en el salón.

De pronto, vio entrar a Robert Sullivan, lo cual le extrañó, pues no era la hora de su regreso a casa. Pero no sospechó que Robert ya no se hallaba bajo su influencia, porque éste, siguiendo las instrucciones de Chris Ralston, volvía a exhibir la extraña expresión de antes de recibir el trallazo del escritor.

—¿Cómo vienes tan temprano, cariño…?

—Tenía ganas de verte, Deborah —respondió Sullivan, acercándose a ella.

—Me quieres mucho, ¿verdad? —sonrió la perversa rubia.

—Con locura.

—Bésame, Robert.

Sullivan la besó.

Mientras lo hacía, le abrió la bata y acarició ávidamente su cuerpo desnudo. Poco después, la bata de «lady» Deborah yacía en el suelo.

Y fue entonces cuando apareció Chris Ralston en el salón, llevando el crucifijo en la mano izquierda y una pequeña botella de agua bendita en la mano derecha.

—¡Apártate de ella, Robert! —gritó.

Sullivan soltó a «lady» Deborah y dio un brinco, poniéndose fuera de su alcance.

Ralston fue hacia «lady» Deborah, apuntándola con el crucifijo, y empezó a echarle gotas de agua bendita.

—¡Muere, maldita! ¡Regresa a los infiernos!

«Lady» Deborah aulló como una fiera, por la presencia del crucifijo y porque las gotas de agua bendita quemaban su cuerpo desnudo, tan

terriblemente, que incluso brotaba humo de las quemaduras.

—¡Vuelve al reino de las tinieblas, ser diabólico! —siguió hablando Chris, sin dejar de lanzarle gotas de agua bendita y de acercarle el crucifijo.

«Lady» Deborah dio un terrible grito y cayó al suelo.

¡De las quemaduras habían empezado a brotar llamas!

¡Su cuerpo estaba a punto de arder como una antorcha!

¡No parecía de carne, sino de cartón!

«Lady» Deborah Marley empezó a descomponerse, pasto de las llamas, entre espantosos alaridos.

En sólo unos minutos, su hermoso cuerpo se vio reducido a cenizas.

Fue todo lo que quedó de ella.

De la reencarnada «lady» Deborah.

EPILOGO

Chris Ralston y Robert Sullivan contemplaban las cenizas de «lady» Deborah Marley. También Lucy Gardner, que había entrado en el salón poco después que el escritor.

—Se acabó la pesadilla —dijo Ralston.

—¿No volverá a reencarnarse, Chris...? —preguntó la periodista, agarrándolo del brazo.

—Espero que no, Lucy. Es difícil que un ser diabólico se reencarne dos veces. En cualquier caso, eso no sucederá hasta dentro de otros doscientos años, por lo menos. Y para entonces, lógicamente, nosotros habremos abandonado también el mundo de tos vivos, así que no tenemos por qué preocuparnos.

—¿Vas a seguir con la novela sobre «lady» Deborah Marley, Chris? —preguntó Sullivan.

—Por supuesto, Robert. Y será mi mejor novela, te lo aseguro.

—No lo dudo —sonrió ligeramente Sullivan.

—Cuando la termine, me casaré.

—¿Con quién?

Ralston miró a Lucy Gardner.

—¿No lo adivinas, Robert?

La periodista, tan sorprendida como Robert Sullivan, preguntó:

—¿Estás hablando en serio, Chris...?

—Sí, muy en serio.

—¿Cuándo lo decidiste?

—Anoche, después de hacerte mía. En ese momento comprendí que te quería, y que ya no podría vivir sin ti.

Lucy le echó los brazos al cuello y confesó:

—Yo también te quiero, Chris.

—Lo sé.

—¿Te lo había dicho ya?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—No lo recuerdo.

—No me lo confesaste de palabra, pero sí de hecho. Con tus besos, con tus caricias, con tu cuerpo...

Lucy sonrió.

—Como tú a mí, Chris.

—Sí —sonrió también el escritor, y la besó con vehemencia, al tiempo que la estrechaba contra sí.

FIN